

EL DIABLO  
TAMBIEN SE  
ENAMORA



EVELYN ROMERO

# **EI DIABLO TAMBIÉN SE ENAMORA**

**EVELYN ROMERO**

## **ACLARACIÓN**

Los temas aquí plasmados son meramente ficticios. Cada persona tiene libertad de pensar y opinar según sus creencias religiosas.

Se prohíbe la reproducción ilegal de esta obra que está debidamente protegida por los derechos de autor.

# Capítulo I

Desde un lugar contrario del mundo de los vivos, donde las almas deambulan ya sin sentido, el calor es insoportable, y los espíritus no tienen descanso, se encontraba el diablo: una bestia aterradora que gobernada el infierno.

Él, tomó la decisión de alejarse a un lugar más privado luego de observar las almas pecadoras que llegaban una y otra vez a sus dominios.

—Mi señor, ¿Se encuentra bien? —preguntó uno de sus mejores sirvientes.

—Sí, solo estoy cansado y aburrido de ver lo mismo sucesos todos los días—respondió dando media vuelta con sus grandes patas, alejándose así del lugar.

Luego, ingresó a su lugar favorito: su cueva, esta era muy extensa, el calor era más fuerte y la humedad era exquisita para él. Suspiró y pensó por un largo tiempo, hasta que tuvo una idea.

—Iré al mundo de los vivos y me divertiré un rato. Tentaré a más humanos al pecado, pronto más almas me pertenecerán. —dijo con maldad, sus carcajadas hicieron eco dentro de aquella cueva decorada con sangre seca, piel humana y animal.

En pocos segundos tomó una forma humana: la de un hombre no mayor de treinta años, alto, piel blanca, cabello negro, ojos del mismo tono. Vestía ropa oscura que lo hacía ver misterioso y atractivo para cualquier mujer. Se dirigió hacia un portal que conectaba al mundo de los vivos, lo atravesó, en segundos llegó a un pequeño pueblo donde la temperatura, estructura y ambiente era distinta al suyo. Él, en muchas ocasiones ya había visitado a los humanos; había analizado sus costumbres y comportamiento, había estado en muchos lugares, provocando caos y destrucción.

Su método era tentar a aquellos humanos con pensamientos de maldad, a provocar muerte y dolor hacia los demás. Este tipo de humanos eran fáciles de manipular y le causaba diversión.

Era la primera vez que estaba en ese pueblo. A esa hora del día había mucho tráfico, caminó por una avenida donde un taxista tocaba su claxon para que un auto color gris que se encontraba frente a él se moviera, pero la persona que estaba en el interior se encontraba hablando por teléfono; al escuchar el insistente sonido del claxon, observó que la luz del semáforo se encontraba en verde, pero decidió no moverse para fastidiar más al taxista.

Fue entonces que el diablo influyó en los pensamientos del molesto taxista, quien, sin dudarlo, llevó a cabo esa idea dentro de su cabeza, este aceleró su auto hasta chocar con el auto gris, provocando que este chocara con otros automóviles. El sujeto afectado bajó del auto muy molesto, se acercó al taxista, quien sonreía por lo que había hecho, pero este no pudo notar aquella arma que portaba aquel hombre en su mano, y fue entonces cuando el hombre del auto gris le apuntó y le disparó sin dudarlo, matándolo al instante al taxista.

La gente corría y gritaba, horrorizados por aquella escena. La policía y la ambulancia llegaron al lugar poco después para hacer su respectivo trabajo.

El diablo divertido por lo que había ocasionado, decidió seguir caminando por aquel lugar. Llegó a un pequeño parque lleno de árboles y flores donde las personas pasaban un rato agradables. Hizo una mueca de disgusto ante aquella aparente diversión de esos humanos y decidió entrar al parque para tomar asiento en unas de las bancas de metal.

Observó con entendimiento ese lugar donde los niños jugaban y las personas descansan sobre el pasto verde; sin embargo, hubo alguien que logró captar toda su atención. Sus ojos curiosos observaron a una vagabunda por unos segundos, hasta que vio algo que lo dejó pensativo: ella se disponía a comer un pedazo de pan, pero en ese momento un perro callejero se le acercó y ella sin dudarlo le dió el trozo completo de pan.

El diablo no pudo comprender el porqué esa mujer andrajosa y sucia optó por darle de comer a un animal y no pensar en ella primero. Analizó las facciones de aquella humana de aproximadamente veintidós años de edad, sus ojos eran color caramelo, cabello castaño, su piel sin esa capa de suciedad era blanca como la nieve.

«¿Por qué una mujer tan hermosa terminó así?», se preguntó mentalmente.

Había observado muchos humanos con ese aspecto viviendo en la calle y buscando comida en la basura, pero había algo en ella que le daba curiosidad.

Ella se puso de pie y se marchó del parque. Minutos después, él hizo lo

mismo. Ya se había divertido un rato y ahora era tiempo de regresar a su mundo. Se alejó del parque, pasando por un callejón frío y desolado, y fue entonces que detuvo sus pasos al observar a la misma chica del parque acomodándose en unos pedazos de cartón como si fuese su cama. Junto a ella había más personas en su mismo estado; niños y adultos charlando y otros durmiendo en el suelo. Ella charlaba con una mujer alegremente como si esa vida que llevaba no le afectará.

Él, pensativo se alejó de aquel lugar hasta llegar a un espacio solitario, donde abrió el portal para regresar a su hogar, pero en esta ocasión su visita había sido diferente.

«¿Habrás sido por aquella mujer?» Con esa pregunta, término de atravesar el portal, regresando a la cueva en su forma original.

## Capítulo II

Habían transcurrido algunos días desde que el diablo había visitado al mundo de los vivos. No dejaba de pensar en las acciones de aquella mujer y no sabía porqué sus pensamientos iban dirigidos a esa chica.

Decidió regresar nuevamente. Tomó su aspecto humano, abrió el portal, lo atravesó y llegó al mismo pueblo que había visitado. Caminó con dirección al parque y tomó asiento en el mismo lugar. En esta ocasión no había mucha gente.

Buscó con la mirada a la misma chica vagabunda que había visto, pero no la encontró. Suspiró de frustración y continuó buscándola por unos minutos más, hasta que la vió entrar al parque. Ella se sentó en el mismo lugar de antes. En su mano llevaba un emparedado, se lo llevó a su boca, comiéndolo lentamente; cerca de ella se encontraban unas aves, el último trozo del emparedado que le quedaba se lo dió a ellos.

El diablo, otra vez intrigado por las acciones de esa humana, la miró fijamente, hasta que ella volteó a verlo, sus ojos se conectaron por unos segundos llevándolo a una especie de trance.

Quitó su vista de la de ella, pero esta vez iba hacer algo que nunca había hecho antes: hablar con un humano. Se puso de pie y se acercó a ella.

—¿Me puedo sentar? —le preguntó señalado con su dedo el lugar vacío.

—Sí, por supuesto—respondió ella algo nerviosa por la presencia de ese hombre tan atractivo.

Guardaron silencio por unos segundos hasta que ella habló.

—¿Eres nuevo en el pueblo? —preguntó con timidez—. No te había visto antes —agregó observando sus ojos negros como la noche.

—Sí, me mudé hace un par de días —respondió sin quitarle la mirada—. Vine a este parque hace unos días y te vi dándole de comer a un perro, ¿por qué lo hiciste? —preguntó con curiosidad.

—Bienvenido a nuestro pequeño pueblo —dijo ella con una sonrisa—. En cuanto a lo del perro, me partió el corazón verlo con hambre, porque sé lo

que se siente, así que compartí lo que tenía —dijo recordando su acción.

—No comprendo —mencionó pensativo—. Tú también necesitabas de ese pan para calmar tu hambre, ¿no? —inquirió—. ¿Por qué pensar en los demás primero en lugar de ti? —cuestionó intrigado.

Ella lo observó por unos segundos, analizando su pregunta.

—Es mejor compartir con los demás lo poco que tienes, aunque no recibas nada a cambio —respondió ella firmemente—. Pensar sólo en mí sería egoísta. Es cierto que yo también necesitaba ese pan, pero en ocasiones hay que ser solidarios con los demás, no importa si no son humanos —agregó viendo un punto invisible.

El diablo la observó por unos momentos. Se veía tan bella sumergida en sus pensamientos.

—Ya veo —dijo—. ¿Siempre vienes a este parque? —preguntó

—Siempre estoy aquí a esta hora; me encanta este lugar —respondió ella sorprendida por aquella pregunta.

—¿Te importaría si charlamos de vez en cuando? No conozco a nadie y sería bueno tener a alguien con quien hablar —manifestó él.

—Por mí está bien. Claro, si tú no tienes problemas a que te vean conmigo —dijo con tristeza—. Generalmente nadie me habla, más bien me ignoran y no se acercan por mi aspecto. Tú eres de las pocas personas que lo han hecho —añadió algo apenada.

—Yo no tengo problema con eso. Considérame un nuevo amigo —dijo cortésmente—. Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó

—Mi nombre es Celeste —contestó alegremente por el interés de ese hombre—. ¿Cuál es el tuyo?

—Tienes un lindo nombre —comentó—. Mi nombre es Cristóbal —pronunció luego de pensar en un nombre humano.

—Es un gusto conocerte, Cristóbal —respondió ella estrechando su mano en forma de saludo.

Él correspondió a su saludo, a pesar que la mano de la chica se encontraba sucia, sintió una vibración y una especie de calor en su pecho que nunca había sentido.

—El gusto es mío. Espero verte mañana, si no tienes inconveniente —agregó algo atropellado. Por alguna razón se sentía nervioso.

—Sí, por supuesto, aquí estaré a esta misma hora —respondió ella con alegría.

—Muy bien, te veré mañana entonces. Me tengo que ir.

El diablo se puso de pie y se alejó del lugar. Regresó nuevamente a su mundo confundido y a la vez con una sensación en su interior que no sabía que era. Alejó esos pensamientos y se dirigió a supervisar que todas las torturas establecidas se cumplieran, no sin antes dejar claro en su mente que mañana regresaría de nuevo a ese parque.

Mientras tanto Celeste observó a aquel extraño hombre alejarse. Se sentía feliz de que alguien como él le hubiese hablado. Las personas nunca se le acercaban por su aspecto; ahora por primera vez podía tener una especie de amigo con quien hablar. Se puso de pie y salió del parque. Recordó a doña Julia, ella le había dicho que pasará por su casa mañana temprano ya que le tenía algo que le podía servir. Así pues, dirigió sus pasos con dirección hacia el callejón que era su hogar. Cuando llegó se dispuso a dormir sobre los pedazos de cartón. Era de noche y las estrellas se hacían presente en el cielo nocturno. Sonrió al recordar el rostro del Cristóbal. Había sentido una sensación agradable en su interior al estrechar su mano con la de él. No sabía cómo explicar ese sentimiento porque nunca se había enamorado de un hombre, por lo tanto, no podía comparar ese sentimiento con el que tantas veces había visto en aquellas parejas que caminan por el parque y en las calles del pueblo tomados de la mano. Poco a poco sus ojos se cerraron por completo y no tardó en caer en los brazos de morfeo.

## Capítulo III

Por la mañana, Celeste se dirigió a la casa de doña Julia. Minutos después ya se encontraba frente a la puerta; dio unos leves golpes y esta se abrió segundos después.

—¡Oh querida llegaste! —exclamó una señora de avanzada edad que le tenía un inmenso cariño—. Ven pasa —agregó la anciana.

—Gracias doña Julia— agradeció Celeste tímidamente ingresando al interior de la casa.

La anciana le pidió que tomara asiento y ella obedeció. Luego le ofreció una taza de café con un pedazo de pastel recién horneado que con gusto aceptó. Doña Julia llevaba un mes viviendo sola ya que esposo había fallecido del corazón y nunca tuvieron hijos. Cuando vió a Celeste se encariño de ella inmediatamente le ayudaba a conseguir víveres, ropa, entre otras cosas personales que Celeste se encargaba de compartir con personas que deambulaban al igual ella.

—Celeste, te cité para pedirte algo —dijo la anciana—. Sabes lo mucho que te aprecio y Marco también te tenía mucho cariño, así que quiero que te vengas a vivir conmigo a esta casa —propuso la anciana.

Celeste dejó la taza sobre la mesa un tanto nerviosa. No esperaba ese tipo de propuesta.

—Se lo agradezco mucho, pero no quiero ser una carga para usted —respondió con timidez.

—No serás una carga para mí, al contrario, me harás compañía en esta casa tan vacía. Desde la muerte de Marco me he sentido muy sola, ¿y que mejor compañía que la tuya hija? Por favor, quédate a vivir conmigo—le pidió.

Luego de otros argumentos por parte de doña Julia, Celeste aceptó. Las dos estaban muy contentas por la compañía de la otra. La anciana le mostró su nueva habitación, era muy acogedora, tenía una amplia cama, un tocador, baño propio, un hermoso armario de caoba con algunos vestidos, camisas, zapatos y todo lo que una mujer podía necesitar. Doña Julia había comprado

todo previamente para esta ocasión, pues en su interior sabía que Celeste iba aceptar vivir con ella y por lo tanto quería que ella tuviera todo lo que antes no pudo tener.

—Gracias por todo esto; es muy hermoso —mencionó Celeste abrazándola fuertemente con lágrimas en sus ojos.

—De nada mi niña. De ahora en adelante serás mi hija —respondió secándole las lágrimas de su rostro—. Ese es el baño, si quieres puedes darte una ducha mientras yo preparo algo de comer —sugirió mientras señalaba con su dedo el lugar.

Celeste obedeció e ingresó al baño. Para ella era un sueño tener una habitación con todo lo básico que una persona pudiera necesitar. Disfrutó de aquella deliciosa agua que recorrió su cuerpo, quitando la suciedad de su piel. Cuando terminó, se dirigió al armario donde encontró un vestido holgado hasta las rodillas de color azul oscuro, se colocó un par de sandalias sin tacón, cepilló su cabello ondulado castaño y lo dejó suelto, no se maquilló porque no sabía cómo hacerlo. Se miró al espejo y quedó sorprendida con su nuevo aspecto. Era una chica nueva y se sentía muy alegre y agradecida con doña Julia, porque gracias a ella ahora podía tener un verdadero hogar.

Cuando iba a salir de la habitación, su mirada se dirigió a aquel objeto que hace mucho tiempo no tenía: una cama, con delicadeza, se recostó sobre ella y pudo sentir la suavidad del colchón contra su piel. Se sentía en las nubes, hasta que escuchó a la anciana llamándola para comer. Se levantó, abrió la puerta y salió, pero no sin antes observar su nueva habitación.

Luego de haber terminado la comida, las dos charlaron de muchos temas. Las horas pasaron rápidamente, Celeste estaba un poco ansiosa y eso la anciana lo notó.

—¿Qué pasa hija? Te veo un poco inquieta.

—Es que, quedé de encontrarme con una persona en el parque en unos minutos —respondió algo sonrojada.

—¿Algún enamorado? —preguntó guiñándole un ojo—. ¿Cuál es su nombre? Tal vez conozca a ese muchacho —agregó alegremente.

—No es ningún enamorado simplemente es mi amigo. Se acaba de mudar al pueblo —respondió Celeste algo avergonzada, su cara le ardía de la pena.

—Siendo así, es mejor que te des prisa porque sino llegarás tarde—le

sugirió observando el reloj de la pared.

—Sí, muchas gracias. Prometo no tardar —contestó Celeste poniéndose de pie y dándole un beso de despedida a la anciana.

Salió de la casa rumbo a aquel parque sintiéndose nerviosa y ansiosa. Cuando llegó, buscó la misma banca del día anterior y esperó que Cristóbal llegará.

El diablo, luego de pensar si era nueva idea regresar a aquel parque solo para hablar con la chica, decidió por fin que su curiosidad por la forma de pensar de aquella humana era mayor. Atravesó el portal una vez más, recorrió el mismo camino hacia el parque, buscó con la mirada a Celeste y lo que vio lo dejó atónito. Ella se veía diferente, su belleza natural lo cautivó; no podía dejar de mirarla. Pensó que esa mujer hermosa que estaba frente a él no podía ser la misma andrajosa que había conocido.

## Capítulo IV

El diablo luego de la impresión de haber visto a Celeste con su nuevo aspecto, se acercó más a ella sentándose a su lado.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó ella algo apenada.

—Bien, te ves hermosa —respondió él aclarándose la garganta—. ¿Ese cambio a qué se debe? —interrogó analizando su aspecto.

Celeste se sorprendió de lo directo que era.

—Bueno, una señora muy amable y a la cual le tengo mucho cariño, me ofreció que viviera en su casa y yo acepté —contestó con alegría—. Ahora tengo un hogar—agregó observándolo.

—Ya veo —comentó pensativo—. ¿puedo hacerte una pregunta? —inquirió el diablo seriamente.

—Sí, por supuesto; las que tú quieras —respondió ella amablemente.

—¿Por qué eres una persona tan alegre a pesar de que llevabas una vida tan miserable? —preguntó con curiosidad.

Celeste no se sorprendió por aquella pregunta, ya que no era la primera vez que alguien le cuestionaba algo así.

—Porque la vida es corta y debemos disfrutarla sin importar lo mucho o poco que poseamos. Yo aprecio y valoro lo poco que tengo y con eso me basta para vivir —respondió con mucha seguridad

Él quedó pensativo por aquella respuesta.

—Pero, ¿no crees que las cosas materiales sean importantes para la vida de los humanos? Parece que esas cosas los hacen muy felices, dejando los sentimientos en segundo plano —dijo sosteniéndole la mirada—. Dime ¿serías feliz si tuvieras todas las comodidades que siempre has deseado? —agregó esperando su respuesta.

Ella lo miró a los ojos con curiosidad; pensó que era realmente extraño.

—Lo material quema tu alma, ya que haces lo imposible por obtenerlo. Los sentimientos y las emociones dependen de cada persona, cada

uno debemos de decidir cuál de las dos tiene más valor. En mi opinión ambas cosas se deben de utilizarse de una manera adecuada, manteniendo un equilibrio—manifestó Celeste—. En cuanto a tu otra pregunta: yo ya disfruté de esas comodidades y no las extraño en lo absoluto —agregó desviando la mirada.

El diablo quedó con más dudas dentro de su cabeza. Esa mujer despertaba más interrogantes sobre los humanos de lo que él se había imaginado.

—¿Te puedo hacer otra pregunta?

—Sí, por supuesto.

—Algunas personas culpan al diablo cuando pierden todo lo que tienen por las malas decisiones que toman, ¿tú piensas igual?

Ella analizó su pregunta y segundos después tenía una respuesta para él.

—No creo que él tenga la culpa; los culpables somos nosotros mismos. Hay una fracción de segundos donde tenemos la posibilidad de decidir qué camino tomar, así que las malas decisiones no tienen nada que ver con algún otro ser —respondió segura de su respuesta.

Fue entonces que el rey del infierno, se le ocurrió una pregunta que todo humano debe responder.

—¿Crees en Dios celeste?

Ella lo miró nuevamente a los ojos; pensó que él era algo peculiar.

—Sí creo en Dios. Años atrás no creía en él, luego pasó algo que me hizo cambiar de opinión. —respondió desviando la mirada hacia el suelo como recordando algo de su vida.

Él estaba totalmente intrigado. Quería hacerle más preguntas, pero intuía que Celeste no iba a responder más.

—Cuéntame un poco de ti. ¿Qué te trajo a este pueblo? —preguntó ella de repente.

—Soy inversionista, estoy analizando en qué tipo de negocio puedo invertir en este pueblo —respondió con mucha seguridad.

—Ya veo. Entonces, si no encuentras ese negocio, ¿te irás del pueblo? —quiso saber.

—Me temo que sí.

—Entiendo —dijo Celeste con tristeza en sus palabras.

Hubo unos segundos de silencio, ninguno de los dos pronunció palabra alguna.

—Ya está oscureciendo —pronunció él rompiendo el silencio.

—Así es, es hora de que me vaya; no quiero preocupar a doña Julia —mencionó ella Para luego ponerse de pie —. Fue agradable charlar contigo, Cristóbal.

Él también se puso de pie, quedando frente a ella a pocos centímetros.

El brillo del anochecer iluminaba el bello rostro de Celeste, dándole un aspecto angelical. El tiempo pareció detenerse por unos segundos, él quedó atrapado en aquellos ojos caramelos que transmitían un sinfín de sentimientos, a ella le había pasado lo mismo con sus ojos negro como la noche.

—Espero verte pronto —comentó ella rompiendo ese momento mágico.

—Sí, por supuesto. ¿Qué te parece mañana? —preguntó él con voz atropellada.

—Me encantaría, y esta vez quiero que conozcas un sitio muy especial. También te servirá para que conozcas el pueblo —indicó entusiasmada con la idea.

Luego de pensar si era una buena idea aceptar su propuesta, el diablo por fin se decidió.

—Tienes razón. Si decido irme o quedarme debo aprovechar la oportunidad de conocer cada rincón de este pueblo —respondió a ver la alegría de Celeste.

—De acuerdo, te veré mañana aquí mismo y te llevaré al sitio que te dije. Espero que descanses, te veo mañana —mencionó ella acercándose más a él, luego se inclinó para darle un beso en la mejilla.

El diablo quedó estático en su lugar. Pudo sentir la calidez de aquellos dulces labios sobre su piel, a la vez que una corriente eléctrica recorrió su cuerpo. Celeste separó sus labios de su fría piel y dió vuelta atrás, marchándose del parque y dejándolo atónito. Él la vió marcharse, provocando en él sensaciones que no podía explicar, ya que nunca las había sentido. Tomó la decisión que iba a regresar mañana sólo para conocer e investigar más los pensamientos humanos. Tenía mucha curiosidad de la manera de pensar de

esa chica, y con esa excusa en su cabeza regresó a su mundo.

Celeste se encontraba cenando con doña Julia.

—¿Cómo te fue hija? —preguntó con curiosidad la anciana.

—Bien —respondió sonrojada.

—Vamos muchacha, cuéntame lo que pasó; no me dejes con la intriga. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

Celeste sonrió por el comentario de la anciana. Ella era una de las pocas personas del pueblo que sabía de su familia y de su pasado. Doña Julia la ayudó desde el primer momento que llegó a ese pueblo. Celeste comenzó a narrarle desde la primera ocasión que conoció a Cristóbal hasta la conversación que habían tenido ese mismo día.

—¿Te gusta ese muchacho? Se te nota en la mirada —comentó ella con una sonrisa.

Celeste sonrió ante sus palabras.

—No lo puedo negar: Cristóbal me gusta mucho. Aunque lo conozco poco, sé que es diferente a los demás hombres de este pueblo —comentó seriamente.

—Deberías de traerlo para conocerlo —mencionó la anciana guiñándole un ojo—. Sólo te aconsejo que tengas cuidado, no quiero que te rompan el corazón —agregó preocupada.

—Tendré cuidado, se lo prometo. En cuanto a enamorarme, eso ya lo veremos con el tiempo —respondió ella mientras tomaba un sorbo de jugo de naranja—. Quite esa cara, estaré bien —agregó levantándose de la mesa y dándole un beso en la frente a la anciana.

Celeste recogió los platos y los lavó, luego se dirigió a su habitación, se puso su pijama y se recostó sobre aquella suave cama. Acto seguido, se acobijó y apagó la lámpara de noche.

Cerró los ojos, visualizando el rostro de Cristóbal. Sonrió al recordarlo, pero, sobre todo, por la idea de verlo mañana, segundos después se sumergió en un profundo sueño.

—Papi, ¿vienes a jugar conmigo? —preguntó una niña que se encontraba jugando con sus muñecas.

*—No, hija, pero un amigo mío quiere jugar contigo. Te presentó a David, él te enseñará un nuevo juego —comentó aquel hombre con malicia—. Sólo necesito que te recuestes sobre la cama para comenzar el juego —agregó señalando con su dedo la cama.*

*—Está bien papi —respondió la pequeña de ocho años entusiasmada.*

Celeste despertó de golpe saliendo de aquella pesadilla que, para su desgracia, era una realidad que marcó su vida para siempre.

No pudo dormir esa noche. Lo único que deseaba era que las horas pasaran para volver ver a Cristóbal y olvidarse de esos recuerdos que aún conservaba en su memoria.

## Capítulo V

Las horas pasaron, el amanecer se hizo presente. Celeste se levantó entusiasmada, pasó toda la mañana charlando con doña Julia. Por la tarde preparó algunos bocadillos y lo traslado a una canasta de campo. Se bañó, se puso unos pantalones de mezclilla, una camisa cómoda y por último se despidió de la anciana, quien la vió partir con alegría.

Cuando llegó al parque, en la misma banca se encontraba él. Lucía más atractivo que otros días.

—Hola, Cristóbal —pronunció con una sonrisa en su rostro.

El diablo la observó de pies a cabeza; se dió cuenta que lucia muy bella.

—Hola ¿Qué traes ahí? —preguntó señalando la canasta.

—Son unos bocadillos. Ven, vámonos antes de que se haga tarde —respondió ella girando su cuerpo hacia la salida para que él la siguiera.

Caminaron por quince minutos, alejándose del pueblo hasta llegar a una colina donde se podía observar un campo extenso de rosas y flores de distintos colores. A lo lejos también se observaba el atardecer, era un lugar hermoso y lleno de paz.

—Llegamos. Espero que te guste —comentó Celeste mientras sacaba de la canasta una pequeña bolsa plástica donde traía una manta, luego la extendió sobre el pasto, bajo la sombra de un árbol—. Ven, siéntate—le pidió.

El diablo obedeció y se sentó a su lado. Él no comprendía ese tipo de belleza que estaba frente a sus ojos, pero no podía negar que era un sitio muy silencioso y perfecto para pensar.

—¿Te gusta? —preguntó ella con curiosidad.

—Sí. Es muy bello—respondió analizando la respuesta que había salido de su boca.

—Es por eso que me gusta este lugar, además de su belleza, es un buen sitio para olvidarse de todo—mencionó observando el horizonte,

luego comenzó a sacar algunos emparedados y un jugo de limón que había preparado para la ocasión—. Espero que te guste —comentó mientras le extendía un emparedado.

Él lo aceptó y ambos comenzaron a comer, a pesar de que él no estaba acostumbrado a la comida humana no le desagradó el sabor de aquel bocadillo.

—Gracias, está delicioso—pronunció reflexionando de nuevo sus palabras, ya que él jamás daba las gracias por algo.

—De nada, ¿Te puedo hacer unas preguntas? —comentó ella con curiosidad.

—Sí, por supuesto; ahora es tu turno de preguntar lo que quieras —pronunció él elevando una de sus cejas.

Celeste pensó en la primera.

—¿Tienes familia? ¿De dónde eres? —formuló más de una con intriga.

Hubo unos segundos de silencio, donde él pensó en la respuesta.

—No tengo familia, mis padres murieron hace muchos años y desde entonces he salido adelante por mi cuenta —mintió—. Soy extranjero, no siempre he vivido en este país. El lugar de donde vengo el calor es insoportable —agregó con una sonrisa irónica.

Celeste analizó su respuesta, ella no se dio cuenta lo que realmente significaba sus palabras. Continuó con la siguiente pregunta, una vital para ella.

—Entiendo—comentó inquieta por la siguiente—. ¿Tienes novia? —interrogó ansiosa por su respuesta.

—No—afirmó tomando un sorbo de jugo.

Ella lo observó y vio sinceridad en sus ojos.

—¿Te has enamorado?

—No—contestó seriamente—, y tú ¿Te has enamorado? —preguntó esta vez el diablo sin apartar su mirada.

—No—respondió un poco apenada—, Pero dicen que cuando se esta enamorado se comienza sentir un hormigueo en el estómago, que el tiempo se detiene cuando vez a esa persona especial transportándote a otro mundo

donde sólo existen los dos, sobre todo, que harías hasta lo imaginable solo por estar con esa persona especial—respondió Celeste cautivada por aquellos ojos negros.

Él se dejó llevar por lo que sentía en ese momento, se acercó más al rostro de Celeste, quedando a pocos centímetros de su boca. Observó sus labios rojos que lo invitaban a devorarlos: sus labios se unieron con los de ella dando cabida a un dulce y fascinante beso.

Parecía que el destino quería que ellos dos estuvieran juntos; sin embargo, cuando el beso finalizó; él diablo se dió cuenta de lo que había hecho.

—Ya es tarde, debo irme —mencionó nervioso poniéndose de pie.

Celeste también hizo lo mismo, saliendo del trance que se había sumergido. No pudo comprender su actitud, pero no tuvo otra opción que seguirlo. Caminaron en silencio hasta llegar al parque.

—Espero que lo hayas pasado bien — dijo ella un poco avergonzada porque pensó que él no le había gustado el beso.

—Sí, por supuesto. Gracias por haberme mostrado ese lugar—pronunció algo pensativo.

—De nada, fue un placer; espero verte pronto—mencionó ella con esperanza.

Él se había quedado sin palabras, no sabía muy bien qué responderle en ese momento.

—Eso espero. Adiós Celeste— pronunció a la vez que daba vuelta para marcharse.

Ella lo vió partir una vez más, aunque en esta ocasión algo había cambiado. Se dirigió a su casa un poco intranquila; no sabía muy bien si lo volvería a ver, lo único que sabía con seguridad, es que se estaba enamorando de él.

El diablo regresó a su mundo más confundido que antes. No podía explicar lo que le estaba pasando; no sabía qué eran las sensaciones que sentía dentro de él. Jamás había experimentado algo así, pero sabía que todo comenzó a cambiar desde que conoció a Celeste. Tomó la decisión de no ir más al mundo de los vivos, olvidándose así de ella de una vez por todas. Se dirigió a realizar su rutina para olvidarse de sus tormentos.

Ha pasado cinco días desde aquel último encuentro. Celeste se encontraba triste; todos los días iba al parque a la misma hora con la esperanza de que él estuviera allí. Doña Julia, para distraerla le contrató una tutora para que se pusiera al día con sus estudios, eso la mantendría un poco ocupada, pero Celeste en su mente no dejaba de recordarlo, se había enamorado tan pronto de él que dolía su ausencia. Él había sido el único que se le había acercado con buenas intenciones siendo una simple vagabunda. No comprendía porqué había desaparecido: supuso que tomó la decisión de no invertir en el pueblo y que por eso se había ido. Lo que más le dolía fue que no pudo despedirse de él de una manera adecuada, aunque ahora poseía un recuerdo que nunca olvidaría: un beso donde se dió cuenta de su amor por él.

El diablo por su parte, hacía la misma rutina una y otra vez para tratar de olvidar de lo que sentía, pero era inútil. Cada momento la recordaba, especialmente el beso que no salía de su cabeza y el cual le hizo sentir algo que jamás había experimentado. Fue cuando recordó lo que ella le había explicado sobre lo que las personas sentían cuando estaban enamorados. Después de tanto meditar y comparar cada palabra, se dió cuenta que lo que sentía por Celeste era amor; ese sentimiento que jamás imaginó sentir de nuevo. No podía permitirse sentir algo tan débil que llevaba a los humanos a cometer actos de sacrificio por otra persona, ese sentimiento que Dios le había enseñado y el cual él jamás estuvo de acuerdo.

—¡Esto no puede estar pasándome! —gritó con rabia y confusión arrodillándose en el suelo, colocó sus grandes y filosas garras en su cabeza, presionándola para tratar de que sus pensamientos no salieran de alguna forma.

Luego de unos minutos pudo calmar su respiración, que se había acelerado, regresando a la normalidad.

—Sólo hay una manera de terminar de confirmar lo que me está pasando —pronunció en voz baja—. Debo ir a verla —agregó decidido.

Se puso de pie y tomó su forma humana, atravesó el portal una vez más y se dirigió al parque, pero esta vez lo haría de una manera más cuidadosa. Cuando llegó se escondió detrás de un árbol, esperando a que Celeste llegara. Segundos después ella hizo su entrada como todos los días, tomó asiento, esperando que los minutos pasaran hasta que el sol se ocultará. Él la observó, se veía hermosa con su vestido primaveral. Su corazón comenzó a latir con fuerza, se sentía nervioso e inquieto, se dirigió a paso lento hacia donde ella se encontraba.

Celeste elevó su vista al sentir la presencia de alguien acercándose. Su corazón comenzó a latir más rápido de lo normal al verlo. Sus ojos se conectaron al instante, sus miradas lo decían todo: transmitían amor, esperanza y alegría.

Él se sentó a su lado, observó sus ojos color miel, perdiéndose en ellos, acarició el rostro de Celeste con su mano, donde se dió cuenta que su piel era suave y perfecta: ella se dejó llevar por aquella caricia. El diablo ya no podía negarlo más, estaba enamorado de ella y necesitaba decírselo.

—Regresé por ti Celeste —pronunció con palabras sinceras y llenas de amor.

## Capítulo VI

Celeste se encontraba muy feliz de volver a verlo; su corazón parecía que saldría de su pecho de la felicidad.

—Pensé que ya no regresarías, Cristóbal —comentó con emoción.

Él no dejó que continuará ya que unió sus labios con los de ella, formando un beso que ella no dudó en corresponder. Cuando el beso terminó, los dos tenían muy en claro lo que sentían el uno por el otro.

—Celeste, tengo que decirte algo—le dijo llamando su atención—. Estoy enamorado de ti —agregó esperando su reacción.

Ella no podía creer lo que acaba de escuchar: él le estaba confesando su amor.

—Cristóbal, yo también estoy enamorada de ti —respondió ella con emoción.

Él se alegró por aquella confesión y no pudo ocultar su inmensa felicidad.

—Entonces eso significa que podemos intentarlo—mencionó tomando las manos de Celeste entre las suyas.

—Sí, eso me encantaría Cristóbal, pero primero debes saber algo de mi pasado—mencionó avergonzada, bajando la mirada.

—¿Qué debo de saber? Dímelo por favor —pidió inquieto.

Celeste guardó silencio un momento; buscó las palabras correctas para confesarle al hombre que amaba uno de sus dos grandes secretos.

—Yo tenía una familia feliz en mi niñez. Mis padres fueron millonarios, por lo tanto, tenía todas las comodidades del mundo. En mi cumpleaños número seis, mi madre tuvo un accidente automovilístico que le provocó la muerte y mi padre se hizo cargo de mí desde ese momento. Cuando tenía ocho años todo comenzó a cambiar; él siempre llegaba borracho y con mujeres distintas, poco a poco fue descuidando sus negocios perdiendo una gran cantidad de dinero, luego me observaba de una manera lujuriosa, hasta que llegó un día donde él me violó. Siempre me decía que eso era un juego entre los dos, que confiará en él —dijo haciendo una pausa—. Los meses

pasaron y se comenzó a involucrar en los juegos de mesa, eso se volvió su vicio hasta que comenzó a perder mucho más dinero. Un día entró a mi habitación como las otras veces lo hacía, pero esa vez lo hizo acompañado de un hombre llamado David. Me dijo que íbamos a jugar un nuevo juego y que tenía que recostarme sobre la cama. Desde ese día mi padre llevaba hombres a que me hicieran daño. En una ocasión pude ver que le daban un rollo de dinero luego de estar conmigo—explicó—. En ese entonces yo no sabía porqué ellos me hacían eso, pero con el tiempo me cansé de pasar por lo mismo, así que decidí escaparme de mi casa. En un descuido del guardia logré salir de ese infierno; deambulé por las calles y poco a poco fui alejándome hasta llegar a este pueblo. Aquí comencé una vida diferente y aunque estaba llena de miseria, no me importó: era libre por fin y eso tenía más valor para mí—finalizó su confesión.

El diablo estaba furioso, su mandíbula se endureció. Sentía mucha rabia en ese momento; a pesar de que estaba acostumbrando ver a ese tipo de personas llegar al infierno por esos actos tan ruines, no podía ocultar su enojo. Su Celeste había sido víctima de esos miserables.

—¿Ese infeliz está vivo? —preguntó él con odio mientras sus ojos se volvían más oscuros de lo habitual.

A Celeste le dió temor su mirada.

—No, él murió dos años después de que me fui. Al parecer les debía mucho dinero a unos sujetos; me enteré de eso por el periódico. —respondió inquieta de verlo de esa manera, luego acarició su rostro para tratar de calmarlo—. Eso ya no tiene importancia para mí. No te puedo negar que sufrí mucho por su culpa, pero ya lo perdoné; el perdón limpia el alma y te vuelve una mejor persona. Tal vez no me comprendas, pero esa es mi manera de pensar —agregó ella observándolo a los ojos. El diablo no podía entender cómo ella lo había perdonado después de todo lo que le hizo. Tal vez por esa razón se había enamorado de ella: por su nobleza y por no tener rencor en su corazón—. Comprenderé si no quieres estar conmigo después de saber sobre mi vida —dijo ella con lágrimas en sus ojos.

Él levantó su barbilla para que lo observará.

—Eso no cambia lo que siento por ti, Celeste. Te amo tal como eres —mencionó limpiando sus lágrimas con sus dedos—. ¿Me harías el honor de ser mi novia? —preguntó muy seguro de sus palabras.

Ella sin poder creer lo que le estaba pidiendo.

—¡Sí Cristóbal, acepto ser tu novia! —musitó alegremente. Colocó sus

brazos alrededor de su cuello y lo abrazó fuertemente.

—Gracias, mi amor. Te prometo hacerte muy feliz —le susurró en el oído.

Una promesa que estaba dispuesto a cumplir. Estaba decidido a arriesgar todo por aquella humana que había cambiado su vida por completo, estaba dispuesto a asumir las consecuencias de su decisión.

Luego de ese momento tan maravilloso para los dos, llegó la hora de separarse. El diablo la acompañó hasta su casa, despidiéndose de ella con un cálido beso, luego se alejó para abrir el portal para regresar a su mundo, pero esta vez tenía algo que hacer con urgencia. En su conversación con Celeste ella le confesó el nombre de su padre, así que lo buscaría en los registros del infierno. Cuando llegó confirmó que su alma se encontraba bajo sus dominios. Tomó su forma original y se dirigió al punto exacto donde se encontraba el alma de aquel hombre. Cuando lo tuvo frente a él, lo torturó el triple de veces de lo habitual y le dió la orden a unos de sus sirvientes que triplicaran los castigos sin descanso alguno.

Los meses pasaron y su relación crecía más y más. Él le mencionó a Celeste que había invertido su dinero en un negocio tecnológico y que por lo tanto podía supervisar y manejar el mismo de una manera virtual. También alquiló una pequeña casa para tener un lugar donde vivir mientras permanecía en ese mundo junto a Celeste.

Establecieron una rutina como cualquier otra pareja de novios: durante el día pasaban todo el tiempo juntos, salían de paseo, iban al cine, y al parque donde se conocieron, pero había un lugar en específico que les gustaba visitar: la colina, ese era el lugar perfecto para estar solos, observando aquel hermoso paisaje. Por la noche ella se iba a la casa de la anciana, que ya conocía a Cristóbal en persona. Él todas las noches viajaba a su mundo, pero no con el mismo entusiasmo de antes. Trataba de hacer su trabajo, pero no podía concentrarse, quería estar con ella siempre; a cada segundo, a cada minuto. Cuando se alejaba de su amada sentía su corazón oprimido y vacío. Fue entonces que se dió cuenta sólo había una manera en que ella fuera completamente suya: matrimonio, ese acto humano y religioso era su solución.

Rápidamente regresó al mundo de los vivos. Era de noche, se dirigió a una tienda de joyería que se encontraba en una esquina, dentro de la tienda se acercó a los mostradores de cristal. El vendedor se le acercó y le explicó en qué consistía cada uno. Hubo uno en especial que llamó su atención. Era un

hermoso anillo con la piedra más hermosa y brillante que jamás había visto. Sacó dinero de su bolsillo: él tenía una reserva de dinero que dejaban las personas que le vendían sus almas por dinero. Sabía que algún día ese pedazo de papel le iba a servir. Pagó por el anillo y salió de la tienda.

Luego buscó un teléfono en la calle y cuando lo encontró marcó el número de la casa de Celeste y la citó para el día siguiente en la colina a la misma hora de siempre. Alegre, terminó la llamada, ahora solo faltaba esperar que las horas pasaran para volver a verla y en esta ocasión le haría una propuesta que cambiaría la vida de los dos.

## Capítulo VII

Al día siguiente, el diablo caminaba nervioso hacia la colina. Celeste ya se encontraba ahí, al verlo su corazón se detuvo. Él se acercaba con un ramo de rosas blancas y rojas, eligió esa combinación ya que representaba la esencia de los dos.

Cuando estuvieron a pocos centímetros, él la tomó por la cintura y le dió un apasionado beso, el cual ella correspondió.

—Te extrañaba tanto, mi amor —pronunció separándose un poco de ella para observarla.

—Yo también te extrañé; no te imaginas cuánto— le dijo ella acariciando su mejilla

—Te traje estas rosas. Esperó que te gusten —dijo extendiendo las rosas hacia ella.

Celeste las tomó y aspiró su aroma.

—Me encanta Cristóbal, son hermosas —afirmó con alegría.

Los dos se encontraban de pie bajo la sombra de un frondoso árbol.

—Ayer que me hablaste por teléfono y te escuchabas un poco nervioso, ¿te encuentras bien? —preguntó con angustia.

Él se acercó más a su rostro y se preparó para hablar.

—Celeste, desde que te conocí mi vida ha cambiado drásticamente. Tú me enseñaste que las cosas más sencillas son las más importantes, me enseñaste a confiar y a amar. Mi vida antes de ti era vacía y monótona. Tú iluminas cada momento de mi vida; no me imagino estar sin ti, mucho menos resistiría perderte. Quiero que estés conmigo siempre, que seas mía por toda la eternidad—dijo introduciendo su mano en el bolsillo de su pantalón, luego puso una rodilla en el suelo y abrió la pequeña caja—. ¿Quieres ser mi esposa? —preguntó esperando la respuesta de su amada.

Celeste quedó estática, su cuerpo templaba, su corazón latía con más fuerza, pero estaba segura de su respuesta.

—Sí, aceptó ser tú esposa Cristóbal —respondió con voz quebradiza.

Él le colocó el anillo en su dedo, se puso de pie, limpió las lágrimas del rostro de Celeste y la besó como nunca antes lo había hecho. Era un mágico momento donde su felicidad era lo primordial.

Poco después los dos se separaron por falta de aire. Tomaron asiento sobre aquel pasto y comenzaron a planificar la boda, la cual se iba a realizar en unos meses. La noticia se expandió por el pequeño pueblo con rapidez. Las personas que conocían a Celeste estaban felices por ella, otros la envidiaban por haberse encontrado un hombre rico y atractivo. Doña Julia, que estaba feliz con la noticia, hizo una cena para celebrar su compromiso. Los dos se encontraban alegres y emocionados con la idea de unir sus vidas.

El diablo nunca se imaginó que estaría viviendo una vida humana, una como las que él mismo se encargaba de destruir. Celeste era todo para él y estaba dispuesto a estar con ella sin importar le casarse en una iglesia bajo la presencia de su principal enemigo; sin embargo, tenía temor de confesarle a Celeste su verdadera identidad, no sabía con precisión qué reacción tendría ella sobre su origen.

Las semanas pasaron rápidamente y los preparativos para la boda avanzaban satisfactoriamente. Celeste se encontraba un poco enferma, contrajo una tos que simplemente no se iba de su cuerpo, de repente se puso de gravedad. Preocupados, Cristóbal y doña Julia la acompañaron al hospital, donde ingresó de emergencia. Una vez establecida, la trasladaron a una habitación y la conectarán a diversos aparatos médicos.

El doctor salió de habitación tras revisar a Celeste. Cristóbal se encontraba con doña Julia, ambos estaban angustiados por su estado de salud.

—Doctor, ¿cómo está mi niña? —preguntó angustiada la anciana.

—Ella se encuentra en un estado crítico. Le diagnosticamos neumonía, pero en pacientes como ella, una simple tos puede provocarles la muerte —respondió el doctor.

—¿Qué quiere decir con eso de pacientes como ella? —interrogó el diablo confundido ya que pensó que se trataba de una simple tos.

—Por lo que veo ustedes no están enterados de su verdadera enfermedad —mencionó el doctor—. Ella tiene SIDA, que es la última etapa del virus del

VIH, su sistema inmunológico está totalmente dañado. Según su historial médico, ella nunca recibió tratamiento para controlar algunos de los efectos de la enfermedad—comentó—. Cuando el virus se detecta a tiempo la persona puede tener una vida muy larga si se cuida adecuadamente, pero en el caso de Celeste, que nunca recibió medicamentos, ahora su vida corre un gran peligro —explicó el doctor.

—Eso no puede ser cierto. Mi niña no puede tener esa enfermedad —dijo la anciana llorando desconsoladamente.

El diablo, no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Qué se puede hacer para salvarle la vida, doctor? —preguntó él con la esperanza de una respuesta favorable.

—No hay nada que se pueda hacer. Su estado es crítico, sólo queda esperar el momento de su partida —respondió el doctor con pesar—. Pueden ingresar uno a la vez a verla —agregó al tiempo que se marchaba a entender un llamado de emergencia.

—Pasa tú primero hijo —indicó la anciana que trataba de contener las lágrimas.

Él no perdió tiempo y se introdujo en la habitación. Ahí estaba Celeste, conectada a esos aparatos; se acercó, su aspecto era deplorable, él no podía soportar verla así. Tomó su mano, la cual se encontraba fría, segundos después ella abrió sus ojos, encontrándose con los de él.

—Mi amor, ¿cómo te sientes? —preguntó preocupado.

—No muy bien Cristóbal, siéntate, tenemos que hablar —respondió ella con dificultad.

Él la obedeció y se sentó en una silla a la par de la cama. Celeste se preparó para confesarle su segundo secreto, uno que nadie conocía.

## Capítulo VIII

Celeste se quitó la mascarilla de su boca y observó a Cristóbal con tristeza.

—Mi amor, supongo que él doctor te comentó sobre mi enfermedad, ¿cierto? —preguntó con dificultad.

Él asintió.

—Quiero que sepas que hace dos años que tengo conocimiento de este virus en mi cuerpo; la doctora que me atendió en ese entonces tras llegar al hospital luego de un desmayo me explicó todo. Le conté a la doctora sobre lo que me había pasado en mi niñez, alguno de esos hombres me lo contagió. Ella me confirmó que tenía pocas posibilidades de sobrevivir por lo avanzado que estaba el virus dentro de mi cuerpo, que era inútil tomar medicamento, que al final no me iban a salvar de mi destino —mencionó ella en voz baja sintiéndose cada vez más débil—. No hay que engañarnos, Cristóbal. Me estoy muriendo, pronto me iré, y me duele no poder estar contigo mi amor—agregó con lágrimas en sus ojos.

—Celeste, por favor no digas eso. Te lo suplico, quédate conmigo, no podría vivir sin ti —le dijo acercándose a su rostro. Observó sus ojos casi apagados, ya no tenían brillo de antes.

—Lo siento, pero debes dejarme ir. Ya no hay esperanza alguna de que me recupere de todo esto —mencionó colocando su mano en su mejilla, como solía hacerlo—. Quiero que continúes tu vida con normalidad; yo siempre estaré contigo, pase lo que pase, quiero que seas feliz luego de mi partida. Sé que será difícil, pero debes intentarlo —agregó observándolo.

—Celeste, debo confesarte algo. Necesité que sepas quién soy en realidad —mencionó nervioso haciendo una larga pausa—. Yo soy el diablo y vine a este pueblo a provocar caos y llevarme más almas al infierno—le confesó—. Sin embargo, con lo que no contaba es que te iba a encontrar y que me enamoraría de ti con locura; te amo Celeste, y perdóname por no haberte dicho antes mi verdadera identidad—agregó esperando la respuesta de su amada.

Celeste, sorprendida tras aquella confesión, quedó en silencio por unos segundos. Al principio pensó que era una broma, pero fue formando un rompecabezas en su mente, aquellas inquietudes y dudas que tenía comenzaban a aclararse.

—Si lo que me dices es cierto, no me importa en lo absoluto. Tú me aceptaste tal como era, me comprendiste y nunca me juzgaste, ¿por qué no voy aceptarte por lo que eres? —formuló—. Aunque no creo que sigas siendo ese ser que todos conocen, porque tu me has demostrado tu lado dulce. Te amo, y eso nunca va a cambiar—pronunció ya casi sin aliento.

—Yo también te amo. Tú eres mi mundo—le dijo dándole un beso sobre sus labios.

Ella, con las pocas fuerzas que poseía le correspondió. El diablo abrió sus ojos para verla, pero Celeste no se movía: había muerto en ese instante de amor.

Él quedó pasmado, no podía creer que su amada había muerto. Se quedó en la habitación en silencio con un fuerte dolor en su pecho. Tras unos minutos de permanecer junto a ella, salió de la habitación y le informó a la anciana sobre su muerte. Ese día se realizó el velorio, donde las personas que apreciaban a Celeste asistieron a despedirse de ella por última vez. Nadie más sabía de la verdadera enfermedad de Celeste, ese iba ser un secreto entre doña Julia y el diablo; él permaneció todo el tiempo junto a su cadáver, pero no mostró ningún tipo de reacción como lo hacían las demás personas.

El entierro se realizó sin contratiempos, la ceremonia prosiguió con normalidad. Una vez terminada, las personas fueron abandonando el cementerio. Doña Julia se acercó al diablo y le entregó el anillo de compromiso de Celeste.

Él regresó a su mundo, a su cueva con el corazón partido. Luego de unos minutos dejó salir su dolor: coraje, rabia y odio era lo que sentía en todo su ser. Había perdido a la mujer que amaba y su tormento creció más al darse cuenta que jamás iba a volver a verla ya que ella era un alma pura que jamás llegaría al infierno.

—¡Maldición! —gritó con todo el odio que poseía.

Se transformó en aquella bestia temible, ordenó a sus demonios más poderosos que fueran al mundo de los vivos a causar el mayor caos posible y

ellos obedecieron a su amo: masacres, atentados y guerras comenzaron en algunos países, provocando muertes masivas. El cielo y el infierno recibieron una cantidad de almas jamás vistas.

El diablo, luego de sentirte satisfecho de su acto, cerró los ojos y pudo contemplar en su mente el rostro que tanto había amado.

—El diablo también se enamora —pronunció en voz baja.

## Capítulo IX

Luego de despedirse de su único amor, Celeste cerró los ojos por última vez. Silencio, paz y tranquilidad sentía en ese momento. Segundos después sus ojos se abrieron por una molesta e intensa luz. Al abrirlos se dio cuenta que no se encontraba en el hospital, sino frente a una gigantesca puerta de metal con incrustaciones de oro, plasmada sobre ella había símbolos y figuras celestiales. Recorrió con sus ojos lo que se encontraba a su alrededor, pero se dió cuenta que sólo era un espacio vacío, iluminado con esa intensa luz.

Decidió abrir la enorme puerta frente a ella. Con miedo, tomó con su mano el pomo y giró de ella abriéndola de inmediato. Observó el interior del lugar con mucha atención; se encontraba en un edificio amplio con paredes blancas, había varios escritorios hechos de un oro brillante y hermoso, tras de ellos se encontraba seres celestiales con grandes alas sentados sobre unas sillas del mismo material. Estos seres, llamados: *Tronos*, eran los encargados de llevar un registro de la vida terrenal de cada ser humano durante su vida, así como también ayudar a registrar las almas que llegaban al cielo.

Celeste observó su propia vestimenta. No se había percatado que todos, incluyéndola, llevaban puestas túnicas blancas con bordes dorados; no poseían calzado alguno, ya que la temperatura era cálida, lo cual no ocasionaba ninguna incomodidad. El lugar estaba repleto de almas esperando su turno en grandes filas. Celeste se colocó detrás de una para esperar su turno. La chica que estaba detrás de ella le tocó el hombro.

—Hola, ¿no crees que este lugar es maravilloso? —le preguntó emocionada.

Ella dió media vuelta para observar a la chica: su cabello era ondulado y sus ojos cafés oscuro la observaba con alegría.

—Sí, todo es increíble —respondió con una gran sonrisa—. ¿Cuál es tu nombre? —interrogó Celeste esperando su respuesta.

—Mi nombre es Amelia, es un placer conocerte —contestó al tiempo que extendía su mano.

—El placer es mío Amelia. Mi nombre es Celeste —mencionó al tiempo

que le correspondía el saludo.

La fila fue avanzando poco a poco hasta que llegó el turno de Celeste. Estaba frente a un ser celestial, este tenía el cabello corto, su túnica era blanca con bordes dorados y plateados, en el pecho llevaba un broche color bronce, sus alas eran grandes y hermosas; sus plumas a simple vista eran suaves y delicadas.

—Hola, bienvenida al cielo. Dame tu nombre, por favor —le dijo observándola con detenimiento.

Ella le dió su nombre completo y él inmediatamente la buscó en un libro bastante grueso de color dorado que se encontraba sobre su escritorio.

—Aquí estás —señaló con su dedo su nombre en la página—. Vaya, así que tú eres la que tanto se ha rumorado —agregó alzando su vista hacia ella.

—¿A qué se refiere? —preguntó desconcertada

—Me refiero a que eres la chica que se enamoró del diablo—respondió seriamente.

Celeste sintió una punzada de dolor. Desde que había llegado se había dejado llevar por toda la hermosura y lo extraordinario del lugar que se había olvidado completamente del hombre que amaba. Su mente sufrió un bombardeo de recuerdos dolorosos en ese momento. Sintió que las lágrimas pronto saldrían de sus ojos, así que respiró hondo y trato de estar tranquila. No iba a llorar frente a todos.

—Sí, yo soy —contestó cabizbaja.

El trono la observó con detenimiento, pudo observar dolor en sus ojos y decidió no comentar más al respecto.

—Muy bien, en un momento una instructora vendrá y ella será la encargada de mostrarte el lugar. Mira, ahí viene —comentó señalando a un hermoso ángel femenino de cabello castaño con combinaciones rojizas; sus ojos eran de un café oscuro que reflejaban dulzura.

—Hola, mi nombre es Jeanne —pronunció amablemente.

Celeste la observó embelesada. Era un ángel muy hermoso y sus alas eran realmente increíbles.

—Mucho gusto —respondió de la misma manera.

—Ven sígueme, te enseñaré el lugar y te explicaré lo esencial que debes

saber por los momentos. Si tienes alguna duda te la responderé con gusto —le dijo el ángel.

Celeste fue detrás de ella y la siguió como pudo, ya que era un poco difícil caminar por la cantidad de almas que se encontraban esperando su turno. Lograron alejarse de ajetreo, llegando a un inmenso pasillo iluminado por una agradable luz que caracterizaba cada rincón del edificio. Caminaron pausadamente hasta que el ángel habló.

—Cada alma que llega al cielo se le asigna un ángel consejero para orientarlo al comienzo de su estadía: pronto conocerás el tuyo —indicó dulcemente.

—Eso sería de gran ayuda. Me siento un poco desorientada, todo esto me parece un sueño —mencionó Celeste siguiéndole el paso.

—Es normal sentirse así —respondió con una sonrisa—. Hay algo que debes saber. Cada alma tiene una misión que cumplir, esta puede realizarse aquí en el cielo ayudando en diversas actividades, o se les asigna a un humano para protegerlo y guiarlo por el buen camino; se les conocen como ángeles guardianes—le explicó—. Tu ángel consejero hablará contigo para conocer tus habilidades y responder cualquier inquietud divina que tengas, luego él pasará su informe al los Arcángeles y estos a nuestro padre: él al final te asignará la misión que debes cumplir —comentó pausadamente—. Por lo tanto, debes esperar unos días para conocer cuál será la tuya. En cuanto a tus alas aparecerán en pocas horas — agregó finalmente.

—¿Mis alas? —preguntó sorprendida.

—Así es. Todos lo que tienen el privilegio de llegar al paraíso tiene ese hermoso regalo de nuestro padre —respondió el ángel.

—¿Cuándo podré verlo? Me refiero a Dios —preguntó Celeste emocionada.

—Muy pronto, cuando acabes tu misión, podrás verlo. Él se encuentra en el ala oeste del paraíso —respondió el ángel

—Entiendo —pronunció Celeste desilusionada, tenía muchas dudas dentro de su mente, pero decidió dejarlas para después.

—Por los momentos disfruta de este hermoso lugar. Te buscaré luego; debo atender a otras almas —comentó el ángel deteniendo sus pasos y mostrándole lo hermoso que era el paraíso, para luego marcharse volando.

Celeste se quedó sin palabras observado como ella volaba. Luego vio todo

a su alrededor: había un jardín muy extenso con vegetación verde, árboles frondosos, animales de todas las especies y miles de personas, se encontraban frente a ella. Algunos charlaban y otros paseaban: armonía, amor y tranquilidad se podía percibir. Un sentimiento de paz evadió su interior poco después.

—Esto es increíble—pronunció embelesada.

## Capítulo X

Luego de haber salido del estado de sorpresa, Celeste decidió avanzar y adentrarse al inmenso jardín. Bajo la sombra de un árbol, se encontraban dos ángeles sentados sobre el verde césped. Observaron a Celeste, que se encontraba a pocos metros de ellos, y decidieron llamarla.

—¡Hola! —gritó uno de ellos agitando su mano para que ella los viera—. Ven, siéntate aquí con nosotros —ofreció el ángel masculino.

Celeste observó aquellos dos hermosos ángeles que la llamaban, y dirigió sus pasos hacia donde ellos se encontraban. Poco después tomó asiento a su lado.

—Hola —los saludó tímidamente.

—Mi nombre es Sara; es un placer conocerte —mencionó el ángel femenino de cabello y ojos casi tan negros como la noche.

—El placer es mío. Soy Celeste.

—Soy Louis —inquirió el ángel masculino que la había llamado, su cabello era corto y sus ojos eran de café oscuro—. Bienvenida —agregó amablemente estrechando su mano.

—Muchas gracias por la bienvenida —contestó ella correspondiéndole el saludo, pero al hacerlo un escalofrío recorrió su cuerpo. No le dió importancia a esa extraña sensación puesto que lo atribuyó a lo impactada que se encontraba por todas las nuevas experiencias que estaba viviendo.

Luego los observó con atención, quedó impresionada con la belleza de aquellos seres. Al parecer todos los ángeles poseían esa cualidad física.

—¿Y ustedes ya cumplieron su misión? —preguntó Celeste con curiosidad.

—Todavía no, hace un par de días que llegamos —respondió Sara—. Como verás, sólo nuestras alas han sido otorgadas. Aunque la evaluación ya se nos realizó —agregó tocando una de sus alas.

—Entiendo. Son muy hermosas, ¿Duele cuando comienzan a salir? —interrogó.

—Sólo un poco —respondió Louis con dulzura.

Celeste le dedicó una sonrisa. Los tres continuaron con su charla alegremente, hasta que otro ángel se les acercó y ella inmediatamente quedó congelada al verla. Era un ángel femenino de cabello largo y castaño como el suyo: era su madre.

—¿Mamá? ¿eres tú? —interrogó con nerviosismo.

—Sí pequeña, soy yo —respondió Camila con alegría al ver a su hija.

Celeste se puso de pie y abrazó a su madre con todas sus fuerzas. Las dos lloraban por la emoción que les causaba verse nuevamente.

—Te he extrañado tanta mamá —pronunció—. Siempre espere encontrarte aquí algún día—agregó al tiempo que se apartaba de su madre para observarla.

—Lo sé mi pequeña. Yo también te he extrañado. He rezado —respondió Camila limpiando las lágrimas del rostro de su hija.

Los dos ángeles las dejaron solas para que disfrutaran del momento juntas. Celeste y Camila se sentaron a hablar por un largo tiempo. Su madre le contó que ya había terminado su misión de ángel guardián y que ahora era un ángel consejero. Celeste estaba feliz como nunca antes, pues ver a su madre después de tantos años era como un sueño.

Mientras tanto en el infierno, el diablo observaba todo su imperio con satisfacción. Cada minuto llegaban nuevas almas; los humanos estaban desobedeciendo los mandatos de Dios, provocando que cometieran malas acciones en su vida terrenal.

A pesar de obtener lo que siempre deseó, todavía sentía ese vacío en su interior que había dejado la mujer que todavía amaba. La extraña y deseaba que estuviera con él, pero sabía que eso era imposible. Ella estaba en el paraíso, lejos de su mundo.

—¡Laquiel! —gritó el diablo llamando a su más fiel sirviente.

—Aquí estoy mi señor—respondió con una reverencia.

—¿Qué noticias tienes de nuestros infiltrados en el paraíso? —interrogó el diablo ansioso por la respuesta.

—Según el informe, la chica ya se encuentra en el paraíso esperando su

misión —contestó.

—Muy bien. Sígueme informando de cualquier novedad. Ahora vete — pronunció con satisfacción.

El diablo se conformaba por los momentos con sólo saber que su Celeste se encontraba bien, a pesar de que no fuera al lado suyo como tanto lo deseaba.

## Capítulo XI

En un gran salón se encontraban los arcángeles, sentados alrededor de una enorme mesa de cristal con incrustaciones plateadas y doradas.

—Como ya todos saben, la situación en el mundo de los vivos se encuentra en un estado crítico —comentó el arcángel Miguel—. Los seres humanos han desobedecido los mandatos de nuestro padre. Debemos tomar acciones pronto —agregó seriamente.

—Enviaremos a los ángeles consejeros a hacer sus evaluaciones lo más pronto posible —dijo el arcángel Rafael—. En estos momentos se ha hecho muy difícil, cada vez son más las personas que están muriendo, pero tengo fe que más almas puedan llegar al cielo y no al infierno —agregó finalmente.

—Confiemos en nuestro padre; él nos dará la fortaleza para luchar contra el mal—dijo el arcángel Gabriel.

La reunión finalizó poco después; todos habían abandonado el salón, excepto Gabriel y Miguel.

Gabriel se encontraba observando el inmenso jardín a través de una ventana; con sus ojos recorrió el hermoso paisaje, como tantas veces había hecho, hasta que una chica sin alas llamó su atención: su cabello ondulado castaño y las perfectas líneas de su rostro lo hipnotizaron en ese momento.

Miguel que se había acercado, dirigió su vista hacia lo que Gabriel tanto veía y comprobó que se trataba de Celeste: la mujer que había enamorado del diablo.

—Ella es celeste —pronunció Miguel sin quitar la vista de la ventana.

—¿Es la misma chica de la que tanto se ha hablado? —preguntó pensativo.

—Sí, y el ángel que está con ella es su madre —musitó.

—¿Ya se le asignó un ángel consejero? —interrogó nuevamente su compañero.

—Todavía no—dijo Miguel verificando su pergamino.

El silencio se hizo presente. Los dos arcángeles no apartaban su mirada de la ventana.

—Miguel, déjame evaluarla —pronunció Gabriel decidido.

—Sabes que ese es el deber de un ángel consejero, ¿Por qué tu interés en ella? —preguntó su amigo dirigiendo su vista hacia él.

—Sólo quiero ayudarla a aclarar las inquietudes que pueda tener en su corazón —respondió.

Miguel analizó su propuesta. Tal vez Gabriel tenía razón, él era el arcángel del amor y mensajero celestial, podría ayudarla mucho. Sabía que alma de Celeste era pura, pero su encuentro con el diablo pudo ocasionarle algunas confusiones.

—Está bien: serás su consejero—le dijo Miguel seguro de su decisión.

—Gracias—respondió él con una gran sonrisa.

Celeste y su madre se habían despedido, ya que su madre ahora era un ángel consejero y debía estar con la persona que le habían asignado.

Mientras tanto ella continuó recorriendo el inmenso jardín, hasta que se tropezó con Amelia, la chica que había conocido al momento de hacer la fila.

—Hola Celeste —saludó Amelia abrazándola—. Mira, te presento a Alejandra y Alma—agregó señalando a cada ángel femenino.

Ella observó a cada una con detalle. Alejandra tenía el cabello y ojos color chocolate y Alma tenía su cabello largo color castaño y sus ojos del mismo color.

—Es un gusto conocerla a todas —dijo Celeste.

Todas charlaron y convivieron por un largo tiempo; sin embargo, la instructora Jeanne, llegó a avisarle a Celeste que debía reunirse con su ángel consejero, ella se despidió de sus nuevas amigas y siguió a su instructora. Poco después llegaron a un pequeño estanque, Jeanne se despidió de ella y le dijo que debía esperar hasta que llegará su ángel consejero. Ella la obedeció, se sentó en una banca frente a un pequeño estanque, observando los patos que se encontraban nadando dentro de él. Cerró los ojos por un momento, respiró el aire refrescante y puro, pero en segundos el rostro de Cristóbal apareció en su mente, sintió un fuerte dolor en su corazón: lo extrañaba demasiado.

Se preguntó mentalmente si era común tener los recuerdos y sentimientos

vividos intactos. Tenía muchas dudas, pero decidió esperar a su ángel consejero para realizarle todas las preguntas que se formulaban en su mente.

De repente sintió que alguien se sentaba a su lado y abrió los ojos para verificar de quién se trataba. A su derecha se encontraba un hermoso ángel, el más bello que había visto hasta entonces. Sus alas eran hermosas con brillo dorados y plateados, su cabello rubio combinaba con sus ojos azules como el cielo y su túnica era de un bordado brillante, hermoso y diferente a los demás. Por alguna razón se sentía nerviosa y sus manos comenzaron a sudar con su mera presencia.

—Perdón si te incómodo. Mi nombre es Gabriel y seré tú consejero —se presentó amablemente el arcángel extendiendo su mano en forma de saludo.

Celeste salió del trance en el que se había envuelto con su aparición.

—Soy Celeste, encantada en conocerte—respondió con nerviosismo al tiempo que le respondía el saludo.

Gabriel sintió un líquido tibio recorrer su cuerpo con ese pequeño tacto. Era extraño para él sentir esa sensación, mas decidió no darle importancia al asunto ya que estaba ahí con un propósito en específico.

—Es hora de responder a todas tus preguntas Celeste —le dijo Gabriel con una sonrisa, al tiempo que observaba sus ojos color miel.

## Capítulo XII

Celeste se encontraba con su madre como todos los días, disfrutaba pasar tiempo con ella. No obstante, en ese momento observó que un ángel masculino se les acercaba, ella quedó congelada al reconocer su rostro.

—Hola, David —saludó Camila ante la presencia del ángel—. Creo que ya conoces a mi hija —agregó señalándola.

—Sí por supuesto, todavía la recuerdo —comentó viendo el rostro de Celeste—. ¿Cómo estás pequeña? —preguntó amablemente.

—Tú no deberías estar aquí —pronunció Celeste con palabras entre cortadas.

Camila tomó la mano de David y continuó.

—Él es mi pareja —mencionó su madre alegremente—. A los ángeles se nos tiene permitido tener una pareja sentimental dentro del paraíso —agregó Camila besando levemente a David.

Ella no podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

—¿Sabes lo que este hombre me hizo cuando tenía ocho años? —preguntó Celeste con lágrimas en sus ojos.

Camila se acercó a ella y acarició su rostro.

—Ese día, luego de lo que te hizo, David murió a causa de un asalto. Uno de los ladrones le disparó, provocándole la muerte. En ese instante él se arrepintió de todos sus pecados, es por eso que él está aquí y se convirtió en un ángel, y ahora acaba de terminar su misión en el mundo de los vivos. Si una persona se arrepiente de corazón, Dios le ofrece la paz eterna —explicó limpiando las lágrimas que caían por las mejillas de su hija.

Celeste no comprendía esa acción, para ella él no se merecía estar en un lugar tan puro. Si bien es cierto que perdonó a su padre, no podía hacer lo mismo con David, quizás porque en el fondo sabía que su padre estaba recibiendo su castigo en el infierno.

En ese momento solo pudo sentir decepción de su madre. Con rabia quitó su mano de su rostro.

—Dios lo perdonó, pero eso no quiere decir que yo lo haya hecho— pronunció Celeste viéndola con dolor—. Necesito estar sola —mencionó alejándose de ellos lo más rápido que pudo.

Segundos después llegó al pequeño estanque, se arrodilló y se apoyó con sus manos en el césped.

—Esto no puede estar pasando —musitó llorando como nunca antes.

Se sentía traicionada, dolida, desilusionada y confundida. Se preguntó cómo era posible que ese hombre que la había violado se hubiese convertido en un ángel, no comprendía porqué Dios lo había perdonado. Ahora comenzaba a cuestionar sus mandatos.

Poco después sintió la presencia de alguien a su lado. Gabriel, que había observado todo decidió seguirla hasta el estanque.

—Observe todo, ¿Te encuentras bien? —preguntó Gabriel colocando su mano en el hombro de ella.

—No lo estoy. Verlo a él aquí me afectó mucho. Creí que él tendría su merecido, pero el hecho de volver a verlo, y ahora junto a mi madre hizo que todo el dolor que me hizo sentir surgiera nuevamente —respondió con dolor y rabia.

—No te preocupes, deja que nuestro padre te ilumine y te muestre el camino. Solo debes tener fe —le dijo Gabriel con palabras de aliento.

Sus palabras solo ocasionaron que Celeste se sintiera impotente y sola. No comprendía cómo ellos no podían ver su punto de vista. ¿Acaso la que estaba mal por no comprender los propósitos de Dios era ella?

Celeste sabía que había llegado el momento de aclarar ciertas dudas que había sembrado el ángel de ojos cambiantes.

—Dime Gabriel, ¿por qué pediste ser mi consejero? Sé perfectamente que ese no es un deber de un arcángel —inquirió levantándose del césped.

Él se puso nervioso por la pregunta, pero no tuvo otra opción que decirle la verdad.

—Solicité ser tú consejero porque quería conocerte. Tenía curiosidad de saber porqué te habías enamorado del diablo y él de ti, pero...

—Ya no continúes, por favor —lo interrumpió Celeste con lágrimas en los ojos—. Creí que realmente eras mi amigo y no un experimento para ti.

Déjame sola —agregó dolida y decepcionada.

—Escúchame por favor, te lo pido —suplicó el arcángel destrozado por haberla herido.

—¡Que me dejes sola! —gritó Celeste descontrolada.

Gabriel la miró con sorpresa; ese hermoso ángel no era su Celeste. Estaba llena de rabia y dolor. Decidió dejarla sola a pesar de que él no quería hacerlo, deseaba abrazarla y consolarla, decirle lo mucho que la amaba. Con todo el dolor de su corazón, no le quedó más remedio que dejarla sola. Dió marcha atrás, alejándose de ella.

—Disfruté del espectáculo —comentó una voz femenina detrás de Celeste poco después que Gabriel se fuera.

Ella volteó enseguida, encontrándose con el ángel de ojos cambiantes.

—¿Qué quieres Gisela? —preguntó Celeste ya molesta por el mal comentario del ángel.

—Pero que mal humor el que tienes —respondió con sarcasmo—. Yo sólo te venía a dejar esta carta, deberías de darme las gracias —agregó extendiendo un sobre color gris, ella lo tomó un poco indecisa.

Gisela se fue casi de inmediato. Rápidamente celeste abrió el sobre, sacó la carta del interior y comenzó a leerla:

*Para mi querido ángel*

*Amor mío, sé que esta carta te resultará extraña, lo es para mí ya que es la primera que escribo. Sé que me amas tanto como yo a ti, y me duele no tenerte a mi lado como tantas veces he deseado. Quería compartir mi vida contigo y estaba dispuesto a renunciar a lo que soy por ti, pero lamentablemente el destino nos separó y ese sueño no se pudo realizar.*

*Sin embargo, sería egoísta de mi parte obligarte a que cometas un acto que provoqué tu caída a mi lado. Sé que este lugar no es el adecuado para ti. No te puedo ofrecer una vida llena de paz y tranquilidad como tú te mereces: lo único que te puedo ofrecer es todo el amor que siento por ti.*

*Es por eso que te digo amor mío, con todo el dolor de mi pobre alma, que te dejo en libertad. Sé feliz con quien tú decidas: porque tu felicidad será la mía.*

*Nunca te olvidaré mi ángel, tú eres y siempre serás mi salvación.*

*Con amor, Cristóbal.*

Celeste cayó de rodillas, sosteniendo la carta que el amor de su vida le había enviado. Estaba confundida por todos lo que le acaba de pasar, ahora debía tomar una decisión: una que podría cambiarlo todo.

## Capítulo XIV

Celeste tenía una lucha interna que la confundía más y más. Con la carta de Cristóbal su dolor creció de una manera que no soportaba. Pasaron lo minutos en los cuales su mente dió mil vueltas, analizando los acontecimientos que recién había experimentado. Limpió sus lágrimas, se puso de pie, alzó sus alas y voló decida hacia un objetivo.

En pocos segundos encontró a Gisela, pero ésta no estaba sola. Se encontraba acompañada de dos ángeles más, uno masculino que ya había conocido el primer día de su llegada cuyo nombre era Louis, y el otro ángel femenino que nunca había visto: su cabello era azul y sus ojos eran un tono negro como la noche. Celeste aterrizó frente a ellos. Estos ángeles trasmitían un aura de maldad, una que no había sentido en otras ocasiones.

—Te estábamos esperando —pronunció el ángel masculino. Sus ojos en ese instante eran completamente negros.

—Bueno, aquí estoy, ya no tienen que esperar —comentó Celeste con sarcasmo—. ¿Cómo obtuviste esa carta Gisela? —preguntó acercándose al ángel.

—A través de un sirviente de nuestro amo —respondió con una sonrisa en su rostro.

Fue entonces que comprendió que los tres ángeles serán súbditos de Cristóbal y que él tenía todo planificado. Sin embargo, tenía muchas dudas, pero debía ser rápida si quería lograr su objetivo.

—¿Ustedes saben cuál es la manera más rápida de ser desterrada de este lugar? —preguntó Celeste con curiosidad.

Los tres ángeles intercambiaron miradas junto con unas sonrisas siniestras.

—La manera más rápida es matando a un arcángel subjetivamente hablando, por supuesto. Ellos son seres inmortales, pero la intención de herirlo causaría que Miguel, por ser el jefe del ejército de Dios y por tener el

mayor rango te arroje al abismo —respondió Louis rápidamente— Gabriela, ¿nos haces el honor? —le preguntó al ángel de cabello azul.

En ese momento el ángel de cabello azul, se acercó a ella extendiéndole una afilada navaja.

—Ten, con esto puedes herirlo momentáneamente —le explicó.

Celeste tomó la navaja un poco indecisa, se la guardó en el borde de la cintura donde tenía su túnica, luego salió volando de ese lugar: ahora Sabía perfectamente qué hacer.

Poco después encontró a Gabriel junto a unos rosales y aterrizó enseguida. Él al verla se llenó de alegría.

—Celeste, ¿ya te encuentras mejor? —interrogó con preocupación.

—Sí, ya me siento mejor—mintió—. Creo que te debo una disculpa por la forma en la que reaccioné—le dijo amablemente.

Él se acercó a ella, quedando a pocos centímetros.

—El que debe pedir perdón soy yo. Debí decirte la verdad desde un principio —mencionó el arcángel tomando sus manos entre las suyas—. Desde ese instante me reproché a mí mismo por no hablarte con la verdad y no decirte lo que realmente siento por ti —agregó con dulzura.

—¿De qué hablas Gabriel? —interrogó Celeste nerviosa.

—Me refiero a que estoy enamorado de ti —respondió el arcángel pausadamente—. Es por eso que quiero que me des una oportunidad, y esto conlleva hacerte una pregunta, ¿Quieres ser mi pareja celestial? —pronunció Gabriel con todo el amor que sentía por ella.

Celeste no podía creer lo que acaba de pronunciar el arcángel. Su cuerpo comenzó a temblar y su mente se confundió a un más; sin embargo, debía concentrarse en su propósito: era el momento donde ella debía tomar la decisión que marcaría su destino.

Con lágrimas en los ojos, abrazó a Gabriel por la cintura, colocó su cabeza en su pecho sin darle una respuesta.

—¿Qué pasa? ¿qué te ocurre? —interrogó él sumamente preocupado.

—Perdóname por lo que voy a hacer, Gabriel —susurró Celeste.

Ella sacó de golpe la navaja de su túnica, incrustándola en el estómago de

Gabriel. Él sintió el metal hiriendo su interior; tomó la navaja con sus manos, sintiendo un líquido recorrer su piel. Luego la observó impactado de lo que había hecho, Gabriel sacó la navaja de su estómago y la herida se cerró al instante.

Fue cuestión de segundos para que un grupo de ángeles junto al arcángel Miguel llegaran juntos a ellos. Tomaron a Celeste de los brazos y le arrancaron sus alas: el dolor fue tan insoportable que ella cayó de rodillas al suelo, sin tener el valor de verlos a los ojos.

El grupo de ángeles, junto a Miguel, llevaron a Celeste volando a una zona restringida del paraíso, donde había oscuridad, neblina y frío. Gabriel los acompañó en silencio con un dolor en su corazón. Aterrizaron cerca de la orilla del abismo, donde se podía observar fuego y lava.

Miguel tomó del brazo a Celeste bruscamente, colocándola a pocos pasos del borde.

—Miguel, espera —mencionó Gabriel—. Déjame despedirme de ella por favor —suplicó el arcángel.

Miguel vió dolor en los ojos de su amigo; sabía lo que ella significaba para él.

—Está bien, pero no tardes —respondió.

Gabriel se acercó a ella y acarició el rostro de su amada.

—¿Tanto lo amas que tuviste que hacer todo eso? —preguntó observándola con tristeza.

—Sí, Gabriel; lo amo con todo mi corazón. Mi intención nunca fue herirte, pero era la única manera de estar con él —respondió con sinceridad—. Nunca voy a olvidar lo momentos que pasamos juntos. Perdóname si no pude corresponderte como te mereces —agregó conmovida.

Él simplemente la observó con dulzura.

—Él, es muy afortunado de tenerte. No tengo nada que perdonarte, jamás te podría odiarte, así como tampoco deseo que seas infeliz. Yo también te recordaré como el ángel que iluminó mi vida — le dijo Gabriel con lágrimas rondando por sus blancas mejillas—. Sé feliz y tal vez algún día nos volvamos a ver—agregó finalmente.

Ella se inclinó a darle un beso en la mejilla, él cerró los ojos, memorizando ese momento.

—Adiós Gabriel—susurró Celeste apartándose del arcángel.

En fracciones de segundos se lanzó al abismo a la espera de encontrarse con su amado.

## Capítulo XV

Al caer al abismó, Celeste sintió un calor insoportable, cayó de golpe en una especie de laguna. Salió rápidamente, ya que el líquido comenzaba a quemarle la piel.

El demonio encargado de vigilar la laguna sabía perfectamente que ella venía del cielo, ya que ese abismó era utilizado por los arcángeles para lanzar los ángeles caídos. Él la observó de pies a cabeza; se acercó a ella y le preguntó su nombre. El demonio rápidamente le dió una especie de manta para secarse, ahora sabía que ella era el ángel que estaba esperando su amo. Luego le pidió que lo acompañara y ella lo siguió de inmediato. En su recorrido pudo observar con atención el sitio donde se encontraba: vió a personas encadenadas, otras siendo sometidas a fuerte castigos sin descanso y pudo reconocer el rostro de uno: el de su padre.

Detuvo sus pasos por un momento pues quería observa su sufrimiento. Algo en ella había cambiado, no sentía pena ni lástima por él, al contrario, sentía satisfacción. Sonrió ante el sufrimiento del alma de su padre y continuó su camino sobre un suelo que estaba lleno de lodo y sangre. Pudo verificar que el infierno era un lugar oscuro, y que se podía respirar un fuerte olor a azufre. No sintió miedo, al contrario, se sintió cómoda.

—Hemos llegado, mi señora —mencionó el demonio señalándole la puerta de la cueva donde el diablo se encontraba.

Celeste sonrió ante el sobrenombre que había usado el sirviente. Abrió la puerta e ingreso al instante. El diablo, aun en su forma humana, se encontraba sentado con los codos sobre sus piernas y con sus manos en su cabeza: realmente estaba sufriendo.

—¡Cristóbal! —exclamó ella con emoción.

Él buscó el origen de aquella voz que tanto conocía.

—Celeste, ¿eres tú mi amor? —preguntó poniéndose de pie.

—Sí—afirmó con lágrimas de felicidad.

Él se desplazó rápidamente a su lado y la abrazó como nunca antes. No

podía creer que ella estuviera ahí.

—No puedo creer que estés frente a mí —le dijo emocionado tomando el rostro de Celeste entre sus manos—. ¿Eso significa que...?

—Que elegí estar contigo, Cristóbal —lo interrumpió Celeste besando sus labios, esos que tanto extrañaba.

Ese era el momento que el diablo había deseado, pero aun faltaba algo que debía confirmar.

—¿Es cierto que tú y Gabriel fueron muy unidos? —preguntó con evidentes celos.

Celeste sonrió ante aquella pregunta; era la primera vez que podía observar a su amado de esa manera. Sin duda eran celos lo que sentía. Ella le resumió lo ocurrido en el cielo, y la manera que tuvo que herir a Gabriel para ser desterrada del paraíso.

Él la escuchó atento. También le confirmó que aquellos tres ángeles eran sus súbditos que estaban de alguna manera infiltrados para que le informaran lo que ocurría en el cielo. Le explicó que fue de esa manera que él pudo mandarle la carta.

—¿No te da miedo este lugar? —preguntó él poco después con preocupación.

—No, en lo absoluto. Al contrario, me agrada —respondió dulcemente observando el lugar.

—¿En serio? —preguntó tomando las manos de Celeste.

—Sí, por supuesto. Algo en mí cambió en el instante en el que leí tu carta; fue como una revelación que tuve. De alguna manera sabía lo que debía de hacer —respondió ella con una dulce sonrisa.

Él sonrió ante su comentario. Ahora sólo faltaba una cosa más.

—Celeste, mi amor. Debes conocer mi forma real. No siempre podré usar este cuerpo humano —le dijo alejándose unos centímetros de ella para poder transformarse.

Ella observó atenta al cambio que estaba a punto de hacer. Poco a poco fue teniendo el cuerpo de una gran bestia con tonos oscuros, se sostenía de dos grandes patas, unos grandes cuernos comenzaron a visualizarse en su frente, poseía una cola larga y gruesa y por último sobresalían sus alas, esas

que alguna vez fueron blancas y que ahora eran negras.

—Como verás, este es mi verdadero aspecto. Comprenderé si no quieres acercarte, ni mucho menos amarme estando así —comentó el diablo cabizbajo.

Celeste sonrió ante aquel comentario. Se fue acercando a él y colocó sus brazos alrededor de su cuello, se tuvo que colocar de puntas para alcanzarlo hasta quedar a centímetro de su boca. Él quedó impactando ante aquella acción física.

—Tú me amaste y me aceptaste cuando era una simple vagabunda. Mi aspecto no te importó; ibas a dejar este mundo sólo para estar conmigo viviendo una vida humana —le dijo acariciando su rostro—. ¿Por qué yo no puedo hacer lo mismo por ti? Te elegí a ti, así como tú me elegiste a mí. Te amo sin importar la forma que tengas —finalizó Celeste viéndolo con amor.

El diablo tomó de nuevo su forma humana.

—Yo también te amo mi ángel, y ahora quiero que seas mía para siempre —le dijo al tiempo que se ponía de rodillas, sacando de su bolsillo izquierdo el anillo que doña Julia le había dado en el cementerio—. ¿Quieres ser mi Reina y gobernar junto a mí? —preguntó ansioso por su respuesta.

Ella se había quedado sin palabras de la emoción.

—¡Aceptó! —gritó con felicidad abrazándolo fuertemente—. ¿Y cómo son las bodas aquí? —preguntó Celeste pensativa, ya que no creía que eso existiera en ese sitio.

—Bueno, ya lo verás amor mío —respondió él.

Celeste comenzó a reír ante su respuesta.

—Sin duda eres mi perdición —inquirió dándole un ligero beso en sus labios.

—Y tú eres mi salvación —pronunció él dándole otro besó lleno de amor y pasión.

## Capítulo XVI

Ha transcurrido unas semanas desde la llegada de Celeste al infierno, ella se acopló muy bien con la rutina. Se acercaba el día de su boda y el diablo se encargó de organizarlo todo: esa iba a ser la primera boda dentro del infierno.

Ambos no quería una boda tradicional, así que él se encargó de todo. Había visitado el mundo de los vivos través del portal sólo para comprarle a Celeste su vestido de novia, ya que ella misma aún no poseía la energía necesaria para atravesar el portal. Por supuesto que ella le dió una descripción exacta de cómo quería su vestido.

El día de la compra fue peculiar para diablo. La vendedora lo miró de manera extraña, ya que no era común que el novio hiciera ese tipo de compras. Lo incómodo fue que, al momento de pagar por el vestido, la vendedora le dió un pedazo de papel con su número telefónico. Él sonrió ante aquella acción, lo tomó y se marchó de la tienda. Cuando estaba en la calle lo arrojó al basurero, ya que si su ángel se llegaba a enterar se metería en serios problemas.

El gran día había llegado. Celeste se encontraba preparándose en un espacio improvisado ya que la boda se iba a realizar en la cueva.

—Mi señora, todo esta listo —informó uno de los sirvientes haciendo una reverencia.

Celeste se puso de pie, tomó su ramo de flores y se dirigió a la cueva. Poco después se encontraba frente a la puerta y uno de los sirvientes la abrió. Ella quedó estática por lo que sus ojos veían: una alfombra roja recorría el camino al altar donde el diablo en su forma humana se encontraba vestido con un esmoquin negro, todo el lugar estaba adornado con miles de velas rojas y blancas que iluminaban a la perfección toda la cueva de una manera mágica, junto con pétalos del mismo color que estaban esparcidos en el suelo. El arco nupcial estaba hecho de huesos humanos, era una combinación perfecta que representaban a los dos.

Ella caminó pausadamente hacia él.

El diablo había quedado impactado al verla vestida de esa manera: lucía un vestido negro con algunos toques blancos holgado en la parte inferior con la espalda descubierta, su cabello estaba recogido en un hermoso moño y el ramo que sostenía en sus manos estaba formado de rosas pintadas de negro. Sus pasos se detuvieron cuando estuvo frente a él.

—Espero que no te moleste que sólo seamos nosotros dos —le dijo él tomando de la mano de su futura esposa.

—Claro que no, así está perfecto —respondió anonadada por lo atractivo que se veía.

Como no era una boda celestial no había ni padre ni un protocolo que seguir. Lo único que conservaron para la realización de la misma era la parte de los votos. El diablo decidió ser el primero en decir los suyos.

—Celeste, amor mío, desde el momento que te conocí mi vida cambió por completo. Por ti descubrí lo que es amar a alguien con locura. El día que moriste mi corazón, se detuvo: sentí por primera vez lo que era el dolor y el sufrimiento. Cada segundo sin ti se estaba convirtiendo en una tortura y ahora que te tengo junto a mí nuevamente he sentido lo que es felicidad—pronunció el diablo conmovido—. No sólo te pido que seas la reina de este mundo; también pido que compartas una vida conmigo hasta la eternidad. Te prometo hacerte feliz cada día. Eres y siempre serás el amor de mi vida, te amo—finalizó con la voz quebrantada.

Celeste no pudo evitar llorar por todas aquellas palabras pronunciadas por él. El diablo limpió las lágrimas que caían por sus mejillas. Ahora era el turno de Celeste.

—Cristóbal, eres el ser perfecto para mí. Tú me enseñaste a ser fuerte y decidida. Contigo tuve el valor de hacer cosas que nunca creía que haría —comenzó—. Si la gente piensa que me condenaste a una vida llena de sufriendo y agonía, se equivocan: tú eres mi vida entera. Te amo más de lo que te imaginas —finalizó con emoción y alegría.

Los dos estaban muy conmovidos. Él tomó de la cintura y ella lo rodeó con sus brazos, en ese momento Celeste se perdió en los ojos negros de Cristóbal: ese color que tanto le gustaba. Sus labios se unieron en un profundo beso, uno que los transportaba a un mundo que no era ni el cielo ni el infierno, sino uno nuevo creado para ellos dos.

Mientras tanto desde el cielo, un arcángel observaba aquel acontecimiento.

—Como siempre nuestro padre tenía razón —comentó el arcángel Miguel—. Quién hubiera imaginado que la misión de ella, iba ser salvar el alma de aquel que alguna vez fue un ángel —pronunció en voz baja.

## Capítulo XVII

Ha pasado dieciocho años desde la boda entre Celeste y el diablo. La llegada de su primer hijo terminó de completar su felicidad. A pesar de que ambos poseían sentimientos de bondad, no podían darse el lujo de demostrarlos, no frente a los demonios y sus sirvientes. El diablo tenía una reputación que mantener y no iba a permitir que ésta se afuera a la basura: él era y seguiría siendo el rey del infierno.

Azkeel, su hijo, tenía el noventa por ciento de sangre demoníaca heredada de su padre, y el otro porcentaje que consistía en bondad, lo había heredado de su madre. Cuando Azkeel tomaba su forma humana se convertía en un joven atractivo con cabello castaño, tez blanca, y ojos negros como el su padre, solo que estos poseían un tono más siniestro. Su forma demoníaca era muy parecida a la del diablo: piel oscura y rocosa, cola larga, dos cuernos en su frente y alas negras y fuerte con las cuales podían desplazarse de manera rápida.

Desde su niñez había aprendido a como administrar el infierno, y los diferentes niveles que poseían para cada pecado, su padre lo había llevado al mundo de los vivos para enseñarle cómo manipular las mentes de los humanos para que ellos cometieran crímenes atroces. Azkeel disfrutaba ver a los humanos matarse entre sí, ese definitivamente era su placer. Su padre le mencionaba constantemente que él iba ayudarle a gobernar el infierno, pero a Azkeel no le gustaba la idea de ser un simple asistente: él quería más que eso. Él poseía una personalidad muy definida. Él odiaba a los humanos, los veía inferiores a él, aunque su madre era una de ellos: eso no le importaba. Celeste lo amaba como cualquier madre ama a su hijo; sin embargo, él le demostraba indiferencia. Azkeel no quería a su madre, le daba asco llevar una parte de su sangre y simplemente fingía ser un hijo obediente frente a sus padres para que no descubrieran sus verdaderas intenciones. Su corazón poseía maldad, ambición y una sed de poder tan grande que lo llevaba a pensamientos crueles, unos que ni siquiera el mismo diablo poseía.

—Hijo, ven un momento por favor —le pidió Celeste.

Él, al escuchar la petición de su madre, tuvo que obedecer, y no porque él quería, sino porque tenía que ser ese hijo obediente que ella creía que era. Se

introdujo dentro de la cueva donde sus padres vivían.

—Hola madre—saludó mientras se acercaba a ella—. ¿Necesitas algo? —interrogó fastidiado.

Celeste conocía muy bien a su hijo; su indiferencia y actitud hacia ella y hacia los demás la había hecho pensar que su hijo tenía intenciones muy maquiavélicas que podrían conllevar a problemas dentro del infierno. Sin embargo, no lo creía capaz de hacer algo tan grave que pudiera afectar a su padre a pesar de sus tantas diferencias.

—Solo quería saber cómo te había ido esta vez en tu viaje al mundo de los vivos —comentó mientras acariciaba el rostro de su hijo.

—Bien, madre. Mi padre es un gran maestro —respondió con frialdad—. Sabes que no me gustan las caricias—agregó luego tomando la mano de Celeste para retirarla de su rostro.

—Lo siento hijo — dijo ella cabizbaja.

Desde niño fue muy frío a pesar de que ella hacia todo lo posible para demostrarle y enseñarle esa parte humana que poseía, pero a él nunca le interesó.

—Si no me necesitas para algo más, entonces me retiro —mencionó dando marcha atrás—. Te veré luego —agregó antes de salir por completo de la cueva.

Él odiaba que su madre lo llamara para perder el tiempo por tonterías como esas. se dirigió al lugar donde supervisaba dos de los diez niveles del infierno que le correspondía. Quería tener más responsabilidades, pero el diablo le había dicho que todavía no estaba listo para hacerse cargo de más.

Tamel, su amigo y sirviente personal lo observó a lo lejos, se dirigió donde él se encontraba y lo acompañó en sus recorridos como todos días. Luego visualizaron a una diablilla que se fue acercando a ellos.

—Hola Azkeel. ¿Podemos repetir lo de ayer? —preguntó Dalila pegando su cuerpo cariñosamente.

Dalila, igual que las otras diablillas del infierno, poseían cuerpo humano de mujer sólo que poseían características propias: piel roja, cuernos pequeños en su frente y una cola fina. Todos vestían con telas oscuras y otras gastadas.

Para Azkeel ella formaba parte de las tantas con las cuales solo se divertía y pasaba el rato. Pero para ella, él era un dulce que quería seguir probando.

Era una diablilla frívola y ambiciosa, sabía que un día Azkeel podría gobernar y tomar el lugar de su padre y es era su objetivo principal: conquistar al hijo del diablo.

—Vete. No me fastidies, no estoy de humor para tus insinuaciones—le contestó alejándola de él bruscamente.

Él siguió su camino junto a su sirviente. Dalila estaba furiosa pues una a vez más la había rechazado.

—¡Maldito, esto no se va a quedar así! —pronunció con rabia para sí misma viendo cómo se alejaba.

—¿Y ahora qué te pasa? —interrogó Tamiel—. No me digas que tus planes no han salido como tú quieres —agregó finalmente.

—Así es. Mi padre todavía no me quiere otorgar más responsabilidades y estoy cansado de su discurso de que todavía no estoy listo para tomar su lugar —respondió con amargura—. Hasta le he dicho que se tome un periodo de descanso para irse con mi madre a una especie de vacaciones, pero no ha querido ceder —agregó mientras terminaba su caminata.

—Eso nunca va a ocurrir. Tu padre nunca te va a ceder su lugar; él siempre ha sido el amo y rey del infierno —comentó mientras también detenía su caminata—. A pesar de que le demuestres que eres igual a él y que puedes hacerte cargo. Sólo yo sé de lo que eres capaz de hacer: eres peor que él y yo sé perfectamente tus verdaderos planes —agregó con una gran sonrisa.

Tamiel no se equivocaba; conocía muy bien los planes que Azkeel tenía, pues él mismo se lo había contado y, por supuesto, su amigo se vería beneficiado si los mismos llegaban a realizarse. Azkeel no estaba de acuerdo con las políticas de su padre ya que creía que él no era lo suficientemente cruel y severo con las almas que llegaban a sus dominios, mucho menos la lenta forma de manipular a los humanos para que cometieran actos de crueldad. Él tenía sus propias visiones, quería implementar verdaderos castigos a estos pecadores: quería cambiar todo el sistema que su padre había utilizado por tantos siglos.

—Lo sé Tamiel, y es por eso que debo apresurar mis planes. Mi objetivo es y siempre será el mismo: derrocar a mi padre —dijo con una sonrisa macabra.

## Capítulo XVIII

Azkeel y Tamiel llegaron al primer nivel, donde se encontraban las almas de las personas que con sus mentirás incitan las peleas entre los humanos, provocando en ocasiones la muerte. El calor, el olor azufre y el fuego intenso dominaba cada rincón del infierno, esa era una sensación agradable para los demonios, pero detestada por los pecadores.

En este nivel, como en los otros, se implementaban castigos, por ejemplo: las personas eran encadenadas y torturadas, sus lenguas eran estiradas hasta provocarles un dolor insoportable, luego eran cortadas con filosos cuchillos y por último sus cuerpos eran lanzados a un estanque de aceite caliente donde sus cuerpos lentamente se consumían. En segundos éstos se regeneraban, tomando su forma original. La rutina se repetía una y otra vez sin descanso alguno. Los gritos de desesperación y dolor de aquellas pobres almas ambientaban el lugar, para Azkeel era música para sus oídos.

Los Acham, eran los encargados de tales castigos, su aspecto era de grandes bestias, sus cuerpos estaban cubiertos por una especie de erupciones donde pus y sangre se mezclaban dándoles un aspecto realmente repulsivo, poseían una fuerza inimaginable y con sus grandes garras podían provocar un daño mortal para aquéllos que los enfrentarán.

Una vez que Azkeel había terminado de supervisar todo lo relacionado a los castigos, se dirigió junto a Tamiel al siguiente nivel que su padre le había asignado: el nivel cinco, este estaba conformado por las almas de personas que mataban a otras sin sentir algún tipo de arrepentimiento. Éstas almas las obligaban a caminar sobre vidrios filosos y punzantes, provocándoles dolor y sufrimiento, luego eran atados a una plataforma de piedra donde cada parte de sus cuerpos era cortada de forma lenta y dolorosa hasta ser mutilados por completos. Cuando sus cuerpos se regeneraban, comenzaba de nuevo su castigo.

Tamiel observó el rostro de Azkeel, se veía pensativo y molesto.

—¿En qué piensas ahora? —preguntó con curiosidad.

Azkeel dirigió su vista a su amigo y fiel sirviente.

—¿Sabes algo? Estoy cansado de ver estos insignificantes castigos: son tan simples —comentó molesto—. Mis castigos serían más crueles y más placenteros de ver —agregó con molestia.

—En ese caso, deberías de hablar de nuevo con tu padre. Quizás esta vez sí te permita cambiar su sistema de castigo—sugirió Tamiel.

—Lo intentaré una vez más, aunque ya conozco su respuesta —respondió resignado—. Ve a buscar a Sandra, dile que la esperó en mi cueva. Necesito relajarme un poco —agregó Azkeel con lujuria.

Tamiel obedeció las órdenes de su amigo y fue en busca de la diablilla. Mientras su amigo se dirigía donde su padre. El diablo se encontraba en el nivel diez, donde habitaban los demonios más fuertes junto con los ángeles caídos que se habían aliado hace mucho tiempo con su padre en contra de Dios en el paraíso. El ejército del infierno era conformado por un número indefinido de demonios, éstos poseían habilidades y un poder limitado; pero eran sumamente poderoso. Éstos eran enviados al mundo de los vivos a diversos países, tomaban forma humana para convivir con los humanos, provocando guerras, conflictos y muertes. El diablo no podía encargarse de todo, por ese motivo los demonios tenían la tarea de llevar más almas a sus dominios.

Azkeel ingresó a una especie de salón, éste era muy amplio y sus paredes eran rocosas. Su padre se encontraba hablando con Belcebú: el jefe del ejército infernal.

El diablo visualizó a su hijo, que ingresaba al lugar. Le ordenó a Belcebú que se marchara.

—Hijo, ¿qué haces aquí? Te he dicho que no me molestes cuando estoy ocupado —le dijo con molestia.

Azkeel odiaba que le hablara de esa manera, como si se tratara de uno más de sus sirvientes.

—Padre, sólo quería saber cómo va todo, nada más —respondió observando a su padre. Verlo en su aspecto de bestia lo intimidaba—. ¿Sabes? Estuve supervisando los niveles a mi cargo y tengo otras ideas que podríamos utilizar para implementar castigos más severos —agregó finalmente.

El diablo estaba cansado de las mismas peticiones de su hijo, sus ideas y visiones eran algo innovador, pero a la vez extremista. Amaba a su hijo, aunque no se lo demostraba. Luego de meditarlo tuvo una respuesta para él.

—Está bien Azkeel, mañana implementarás los nuevos castigos, pero solo en el nivel dos: será como una prueba —respondió con firmeza—. Si el resultado es positivo, lo implementaremos al resto de los niveles. Hablaré con Moloch para que te ayude en lo que necesites —le dijo con seguridad.

Azkeel no podía creer que su padre por fin le estaba dando una oportunidad, la cual no estaba dispuesto a desperdiciar.

—Ya verás que dará buenos resultados padre, te lo aseguré —le dijo con satisfacción.

Luego de la charla con su padre, Azkeel se marchó con rumbo a su cueva. Cuando llegó, observó que alguien lo estaba esperando en la entrada.

—¿Me mandaste a llamar? —interrogó la diablilla.

Él la tomó por la cintura y la besó con pasión.

—Parece estás de buen humor —pronunció Sandra al finalizar el beso—. ¿A qué se debe? —preguntó con curiosidad, ella era otra diablilla de la larga lista de Azkeel.

—El motivo no te interés. Ya sabes para qué te mande a llamar, así que no perdamos el tiempo —respondió fríamente.

—De acuerdo, vamos entonces —respondió ella mientras ingresan a la cueva.

Al día siguiente, Tamiel fue a buscar a Azkeel para su gran esperado día.

—¿Listo para el gran día? —preguntó su amigo.

—Por supuesto. Por fin le demostraré a mi padre de lo que soy capaz— respondió con firmeza.

## Capítulo XIX

Al llegar al nivel número dos, Azkeel fue recibido por un Dixius llamado Moloch, él era el jefe encargado de esa parte del infierno. En cada nivel había un Dixius, eran bestias de color azul, con grandes cuernos, poseían tres ojos que les eran de gran utilidad para observar todo el trabajo que se realizaba especialmente a larga distancia. Estos se encargaban de supervisar y verificar que los Acham castigarán a todas aquellas almas pecadoras.

—Azkeel, el amo me contó sobre la implementación de nuevos castigos—comentó Moloch.

—Aquí tienes la información de cada uno—respondió él al tiempo que le extendía un pergamino.

El Dixius lo tomó enseguida y comenzó a leerlo. Su cara reflejaba sorpresa y desconcierto, pero no tenía más opción que cumplir con las órdenes que le habían dado: el diablo le había pedido ayudar a su hijo con los nuevos los castigos y después debía de entregarle un informe al final del día con los resultados del mismo.

—Muy bien, enseguida lo llevaremos a cabo. Iré a dar las órdenes correspondientes—comentó Moloch alejándose de Azkeel y Tamiel.

Minutos después, todos los Acham estaban informados de los nuevos castigos que debían implementar. El nuevo proceso consistía en dos etapas: en la primera, a cada persona se le debía de quitar por completo la piel de sus cuerpos, luego ser atados a grandes estructuras de madera o de metal con incrustados filosos hasta que se desangraran por completos, luego sus cuerpos debían ser colocados en una máquina trituradoras que el mismo hijo del diablo había creado; la segunda etapa consistía, en que una vez que el cuerpo se regenerara, debían ser torturados, azotados y luego quemados. Azkeel disfrutó cada paso de su obra maestra. Por fin estaba observando algo realmente fascinante.

Horas después, Moloch se alejó de él para dirigirse al lugar donde el

diablo lo había citado.

—Mi señor, aquí está el informe que me pidió —informó Moloch extendiéndole el pergamino correspondiente.

Él lo tomó y comenzó a leerlo. A pesar de que los castigos eran más severos, el proceso no lo terminó de convencer: el tiempo que se tomaba para terminar un paso y pasar al otro era demasiado.

—¿Qué opinas del nuevo sistema de mi hijo Moloch? —interrogó el diablo mientras terminaba de leerlo.

—Me parece un proceso largo y poco factible mi señor —respondió rápidamente.

El diablo analizó la situación y decidió no seguir implementándolo. Sólo esperaba que su hijo lo tomara con calma.

—Eso es todo, ahora vete y dile a mi hijo que lo esperó en mi cueva —le ordenó.

Moloch cumplió su orden. Minutos después Azkeel se encontraba frente a él.

—No me digas que me llamaste para felicitar me padre —mencionó con soberbia.

El diablo se preparaba mentalmente para la reacción de su hijo.

—Te equivocas. Tu método no sólo ocasiona atraso, sino también que es poco factible— respondió con seriedad—. Lo siento hijo, pero ya no lo llevaremos a cabo.

Azkeel no podía creer lo que estaba escuchando, sentía que la sangre le hervía en ese instante. Sus ojos se volvieron aún más oscuro y un aura maligna se desprendió de su cuerpo.

—Todavía no estás listo para responsabilidades tan grandes como estas, debes aprender que existe un límite para cada acción que hagas —comentó el diablo con tranquilidad.

Azkeel sentía el impulso de atacar a su padre, pero estaba consciente de que no tenía el suficiente poder para derrotarlo. Debía buscar otra manera de demostrarle que era capaz de encargarse de todo, pero especialmente de mejorar el sistema del infierno. En ese instante se le ocurrió una idea que podría funcionar y así demostrarle que él era digno de tomar su lugar.

—Tienes razón padre. Tengo muchas cosas que aprender y seguiré todos

tus consejos —le dijo fingiendo tranquilidad—. Si me disculpas, debo irme— agregó antes de salir de prisa de la cueva.

El diablo quedó con un mal presentimiento, pues le extrañó la actitud de su hijo ya que siempre que discutían por sus tantas diferencias las peleas eran interminables.

—Cristóbal, ¿qué ha pasado ahora con nuestro hijo? —interrogó Celeste acercándose a él.

Le explicó los acontecimientos y la nueva aura que había visto en su hijo. Ella quedó pensativa ante aquel relato.

—Tengo un mal presentimiento respecto a nuestro hijo. Siempre he notado que dentro de él existe una maldad que me asusta.

—Lo sé y debemos estar atentos a lo que él haga o pretenda hacer —dijo él acercándose a su esposa—. Ya verás que nada malo va a pasar, amor — agregó mientras sus labios se unían en un dulce beso.

—Eso espero —comentó Celeste algo intranquila.

## Capítulo XX

Azkeel, abrió el portal que conectaba al mundo de los vivos, lo atravesó y llegó en un par de segundos a uno de los países más histórico y con pocos índices de violencia del todo el planeta. Caminó por las calles de una de las ciudades más pobladas, luego visualizó a un grupo de policías tomando nota de un accidente de autos. Azkeel se introdujo en sus mentes manipulándolos por completo. A diferencia de su padre, él podía manipular los pensamientos de cualquier humano sin importar si éste poseía un alma pura o maligna. Los policías tomaron sus armas y comenzaron a disparar a quemarropa a todas las personas que se encontraban en el lugar. La gente gritaba y corría desesperada.

Él satisfecho de lo que había provocado, se desplazó a otro país ocasionando que las personas cometieran actos de violación, asesinatos, saqueos y guerras entre países vecinos. Muerte y caos fue el resultado de ese día. Su propósito de demostrarle a su padre lo que era capaz de hacer lo había cumplido a la perfección.

Belcebú, el jefe del ejército del infierno, observaba todos los días la actividad que se realizaba en el mundo de los vivos, a través de un enorme espejo que había en una de las paredes de la cueva, ya que este objeto sirve también como un portal. Observó todo el alboroto y el enfrentamiento de algunos países, lo que le sorprendió fue ver el rostro de Azkeel en su forma humana en esos lugares. Se dirigió rápidamente donde estaba el diablo y le informó lo que acababa de descubrir.

—Mi señor, hay un problema con su hijo—comentó ingresando de prisa a la cueva, comenzó a relatarle lo que había visto.

El diablo estaba furioso no podía creer que su hijo se había atrevido hacer ese acto sin su consentimiento, fue en busca de su hijo; sin embargo, no hubo necesidad de buscarlo, ya que en ese preciso instante Azkeel venía atravesando el portal de su visita macabra, este vio a su padre que se acercaba en su forma demoníaca: estaba realmente molesto.

—¡¿Qué carajos te pasa, Azkeel?! —gritó furioso el diablo lanzándole una gran esfera de fuego.

Azkeel fue lanzando bruscamente por los aires, chocando contra un gran muro de piedra. Luego se puso de pie un poco adolorido, miró a su padre con odio. Sus ojos comenzaron a oscurecerse y nuevamente esa aura maligna comenzó a desprenderse de su cuerpo.

—¡Sólo te estoy demostrando que mis métodos son mejores que los tuyos! —respondió con rabia—. ¿Acaso no has visto que el número de almas ha aumentado drásticamente? Tu método tradicional es lento y poco efectivo padre —agregó con soberbia.

—Eso lo sé; lo que no puedo permitir es que hagas las cosas sin mi aprobación. Es por estos actos que haces impulsivamente que te he mencionado que todavía no estás listo para tomar mi lugar —pronunció el diablo enojado.

—¡Yo ya estoy listo para ocupar tu lugar, simplemente no quieres dejar tu cargo. ¡Eres un maldito egoísta! —respondió con odio.

Azkeel poco a poco fue formando pequeñas esferas de energía maligna proveniente de sus manos, las cuales lanzó con todas sus fuerzas contra su padre. El diablo fácilmente las esquivó, pues claramente había una diferencia de poderes.

—¡Ya basta los dos! —gritó Celeste acercándose.

Muchos demonios curiosos habían dejado sus labores para poder observar el espectáculo entre padre e hijo. El diablo tomó su aspecto humano en cuanto vió el rostro de su esposa: se miraba preocupada y él sabía que le dolía ese tipo de enfrentamiento.

—No te metas madre —comentó Azkeel molesto.

—¡No le hables así! ¡Ella es tu madre y debes respetarla! —la defendió su esposo.

—Ella puede ser mi madre, pero nunca podre estar orgulloso de llevar su asquerosa sangre —respondió fríamente.

—¿Cómo te atreves a decirle eso? —contraatacó el diablo.

Celeste se desplazó hasta quedar frente a su esposo, acarició su rostro con una de sus manos.

—Déjalo, los dos necesitan calmarse. No importa lo que dijo, él sigue siendo mi hijo —lo interrumpió—. Ven, vámonos. Los dos necesitan pensar y calmarse —agregó finalmente tomándolo de la mano y obligándolo a caminar

de regreso a su cueva.

—¡Todos pónganse a trabajar ya! —les ordenó el diablo a los curiosos—. Luego hablaremos tu y yo—agregó dirigiendo su vista hacia su hijo.

Celeste y el diablo se perdieron de la vista de su hijo. Tamiel había formado parte de aquellos curiosos que habían presenciado toda la pelea. Se fue acercando a su amigo, el cual se encontraba limpiando el polvo de su ropa.

—Tamiel, reúnelos a todos. Ha llegado el momento de derrocar a mi padre —comentó Azkeel con una sonrisa maligna.

Tamiel siguió la orden de su amigo, dirigiéndose rápidamente a reunir a todos los que conformaban el ejército secreto de Azkeel, el cual había formado bajo las narices del propio diablo.

Mientras tanto en el cielo, Gabriel observaba con nostalgia el pequeño estanque de patos que traían a su memoria muchos recuerdos.

—Me imaginé que te iba a encontrar aquí —comentó Miguel mientras se sentaba—. ¿No la has olvidado después de tantos años? —preguntó.

Gabriel dió un suspiro para responder.

—No, Miguel. Ella sigue siendo especial para mí —respondió observando un punto invisible.

—Deberías de olvidarte de ella, además ya me enteré que tienes a muchos ángeles detrás de ti —mencionó elevando una de sus cejas.

Gabriel dirigió su vista hacia su amigo, sabía a qué venía ese comentario.

—¿Te refieres a Sara y Alejandra? No lo creo, Miguel. Aceptar a una para olvidarme de otra, dudo mucho que funcione —respondió—. Además, tengo esperanza de volverla a verla —agregó muy seguro de sus palabras.

Miguel observó el rostro de su amigo. De verdad tenía la esperanza de que vería a Celeste de nuevo.

—Por cierto, ¿sabes por qué motivo Dios todavía no ha ordenado el destierro de esos ángeles? —preguntó al tiempo que observa a los tres sirvientes del diablo caminar por el paraíso con tranquilidad.

—Precisamente por eso y por otros motivos te vine a buscar. Tenemos reunión en el gran salón —respondió su amigo poniéndose de pie—. Tal vez el día que vuelvas a ver a Celeste sea más pronto de lo que crees.

—¿A qué te refieres Miguel? —interrogó confundido por las palabras del arcángel.

—Ya lo descubrirás, mi querido amigo. Ven a la reunión, ya va comenzar —contestó con alegría.

Gabriel se puso de pie más confundo que nunca, poco después los dos arcángeles se alejaron del estaque rumbo al gran salón.

## Capítulo XXI

Tamiel recorrió todos los niveles del infierno en busca de los integrantes del ejército de Azkeel. Entre ellos se encontraban demonios, Acham y Dixius. Unos aceptaron aliarse para obtener un mejor puesto dentro del infierno. Fue así que poco a poco todos fueron reuniéndose en un salón que habían creado a escondidas del diablo. Una vez que todos estaban reunidos, Azkeel tomó la palabra.

—Bienvenidos. Ha llegado el momento que todos hemos esperado: hoy será el último día que mi padre gobierne el infierno—habló con mucha seguridad—. ¿Están listo para la batalla?!—interrogó alzando la voz.

Un sí de parte de todos, dió inició a la reunión. Minutos después estaban listos para atacar. Todos poseían armaduras de material fuerte y sólido y sus armas consistían en lanzas, navajas y espadas.

Los únicos que podían morir sin que sus cuerpos pudieran regenerarse eran los demonios, Dixius, diablillas, Acham y ángeles no puros como Celeste (se convierten en ángeles no puros cuando son originalmente humanos, luego son convertidos en ángeles, pero si sus alas eran arrancadas por un ser superior a ellos, ya sean arcángeles o por Dios, estos seres se vuelven venerables y sus pueden morir). En algunas ocasiones sus almas pueden obtener una segunda oportunidad como la reencarnación o simplemente son enviados al limbo. Los únicos que eran inmortales eran los ángeles caídos que fueron originalmente creados por Dios, entre ellos se encontraba el diablo y el ejército que se le unió en la rebelión contra él. En el caso de Azkeel, él no podía morir tan fácilmente pues la mayoría de su sangre la heredó de su padre, por lo tanto, cualquier herida profunda se podía regenerar en un periodo de tiempo, pero si recibía constantes ataques este poder podría debilitarse.

Azkeel y su ejército salieron de su escondite preparados para atacar. Al llegar al centro del infierno, se llevaron una gran sorpresa al encontrarse con el diablo acompañado del ejército del infierno, al igual que ellos, éstos se encontraban armados y protegidos. Belcebú junto a el diablo encabezaban este grupo de ángeles caídos y demonios leales al Rey del infierno.

—Me sorprende que me hayas descubierto padre. ¿Quién fue la rata que me delató? —preguntó Azkeel molesto por el hecho de que alguien lo hubiera traicionado.

—Eso no es lo importante, sino el hecho que formarás tu propio ejército para enfrentarme —le dijo con seriedad—. Todavía no comprendes que nunca podrás derrotarme, mi poder es mayor que el tuyo —agregó molesto por la acción de su hijo.

—Eso lo veremos padre —respondió con una media sonrisa.

Azkeel hizo una señal, indicándole a su ejército el ataque, y el diablo hizo lo mismo. La batalla dentro del infierno comenzó, el diablo peleaba cuerpo a cuerpo con su hijo mientras que los demonios y ángeles se enfrentaban entre sí, el ruido que provocaban las espadas y cuchillos al chocar hacían eco por todo el infierno.

Celeste se encontraba observado todo a pocos metros de la batalla. Estaba completamente destrozada, le dolía profundamente que su hijo hubiera planeado una guerra contra su padre. Si no fuera por Dalila, que les había alertado de los planes de Azkeel, no hubieran teniendo ventaja y el resultado hubiera sido fatal. Celeste y el diablo no podían creer que su hijo llegará a ese nivel de maldad ocasionada por la ambición. Solo existía una manera de terminar con esta guerra y era sellando los poderes de su hijo, los únicos que podían hacer tal cosa era Dios o el arcángel de mayor rango. Celeste le había sugerido a su esposo que debían de pedir ayuda del cielo y el único que podía convencer al ejército celestial era Miguel. Ella le pidió que la llevara a la punta de colina donde terminaba el abismo, él no tuvo otra opción que aceptar la idea de su esposa, pues sabía que la única manera de frenar a su hijo esa. La llevó en brazos hasta la punta de la colina, donde inmediatamente silbó para que uno de los ángeles infiltrados llegará. El diablo le había ordenado a Louis que buscara a Miguel y lo trajera hasta ese sitio. Convencer a Miguel no fue fácil, después de todo él estaba hablando con el rey del infierno. Miguel no le dió una respuesta concreta a su petición, ya que debía de consultar con el ejército celestial. Celeste y el diablo habían regresado con la esperanza de recibir ayuda lo más pronto posible. A pesar de ser enemigos eternos, ahora era preciso unirse para acabar con Azkeel, puesto que la vida de todos los seres humanos estaba en riesgo.

La batalla continuaba el ejército de Azkeel iba perdiendo. Cadáveres, sangre y cuerpos mutilados se encontraban esparcidos en cada rincón del

centro del infierno. Azkeel se encontraba agotado; su energía había disminuido y estaba perdiendo fuerzas. Su apreciado ejército había sido derrotado por completo.

—No me digas que ya no tienes fuerza para seguir —mencionó el diablo con seriedad.

La diferencia de poderes era notable pues el diablo no reflejaba cansancio alguno.

—Te equívocas; todavía puedo continuar —respondió tomando con fuerza su espada.

En un intento de ataque, el diablo le arrebató la espada a Azkeel, dejándolo desarmado.

—¡Ríndete de una vez! ¡Entiende que no puedes derrotarme! —gritó el diablo acorralando a su hijo y apuntándole con su espada.

—Eso Jamás, no aceptaré que me ganes: yo soy mejor que tú. ¡Te odio y te aborrezco! —gritó escupiéndole sobre la cara.

Este acto enfureció más al diablo. Tomó su espada y se disponía a atacar a su hijo cuando Celeste lo detuvo.

—¡No lo hagas, por favor! —le suplicó con lágrimas en sus ojos—. Él es nuestro hijo recuérdalo —agregó observando a Azkeel.

—Él no merece que lo defiendas, no después de cómo te ha tratado y actuado de la manera que lo ha hecho —comentó severamente.

—Lo sé, pero...

Un dolor intenso interrumpió a Celeste. Azkeel aprovechó que su padre había bajado la guardia para arrebatarle la espada y así poder atacar directamente a su madre. Ella era el punto débil de su padre y sabía que con eso no lo iba a derrotar físicamente, pero sí de otra manera.

## Capítulo XXII

El diablo sostenía a Celeste en sus brazos, tomó con cuidado la espada sacándola por completo de su cuerpo, ella poco a poco iba perdiendo el conocimiento.

—Amor quédate conmigo por favor —le pidió él con lágrimas en sus ojos.

Sabía lo que iba a ocurrir con su esposa: su cuerpo iba a desaparecer por completo, eso ocurría cuando un ángel no puro moría en ese mundo.

—Cristóbal, cuida a nuestro hijo por favor —le pidió con la voz entrecortada—. No importa lo que haya hecho, él siempre será nuestro hijo —pronunció débilmente.

—Celeste amor mío, quédate. No me dejes solo, ¿qué haré sin ti? —suplicó el diablo.

Ella tocó con una de sus manos ensangrentada el rostro de su esposo, lo acarició como siempre lo había hecho para calmarlo. En ese instante, un ruido llamó la atención de todos. Una luz brillante resplandeció por cada rincón, provocaba incomodidad en los ojos de los presentes, tuvieron que cubrirse de ella. Cuando la luz se apagó, el diablo abrió los ojos y quedó sorprendido por lo que veía. Ante él se encontraba parte del ejército celestial conformado por los arcángeles.

Miguel junto a Gabriel se acercaron a él.

—Llegaron demasiado tarde —pronunció el diablo visiblemente destrozado.

—Lo sé, pero fue difícil poder convencer a los demás arcángeles para que se unieran. Sólo la mitad estaba de acuerdo en apoyarnos—respondió Miguel.

Gabriel se arrodilló para estar junto a Celeste, quien con cada segundo que pasaba se hacia más transparente. Tomó la mano de la mujer que aún amaba.

—Hola mi ángel —saludó mientras que las lágrimas corrían por sus mejillas, le dolía verla de esa manera.

—Hola Gabriel. Me alegra verte de nuevo, después de tanto tiempo —

respondió ella casi en un susurro observándolo con cariño.

Los ojos de Celeste se comenzaron a cerrar lentamente y diablo tomó su rostro rápidamente.

—Cristóbal, recuerda que te amo y siempre te amaré. Eres mi más bella perdición —fueron las últimas palabras antes de desaparecer por completo.

—¡No puedes dejarme! —gritó el diablo con dolor dando golpes contra el suelo.

Gabriel quien presenció todo también se encontraba desbastado por su muerte.

El diablo reaccionó al recordar algo pendiente: su hijo.

Azkeel se encontraba acorralado por los arcángeles pues él había pretendido huir. El diablo se puso de pie y se dirigió hasta donde estaba su hijo. Miguel con todo su poder arrojó contra Azkeel una inmensa esfera de luz blanca y bastaron sólo unos cuantos segundos antes de que Azkeel empezará a retorcerse de dolor. Sus poderes habían sido sellados por completo. Azkeel tomó su forma humana pero sus alas habían desaparecido.

—Ya hemos cumplido con nuestro deber —mencionó Miguel observado al diablo.

Todos los arcángeles alzaron el vuelo, marchándose del infierno, Gabriel fue el único en que decidió quedarse. Se acercó a su viejo amigo para decirle algo.

—¿Crees en la reencarnación? —interrogó —. Sólo debes tener la esperanza de que ella regresará de alguna forma —le dijo al diablo antes de marcharse.

Él quedó pensativo sobre aquellas últimas palabras de su viejo amigo. Dirigió su vista hacia su hijo, quien estaba en el suelo inconsistente, le ordenó a Belcebú que lo llevaran a uno de los calabozos del infierno. Azkeel estaría encerrado por toda la eternidad, a pesar de que ya no presentara un peligro, pero él no podía perdonarlo por la muerte de la mujer que amaba.

Pasaron los años y en el cielo reinaba paz y armonía. Los ángeles infiltrados habían sido desterrados del cielo. Gabriel, luego de la muerte de Celeste, decidió darse una nueva oportunidad en el amor y Alejandra resultó ser la pareja celestial que tanto había esperado. En ocasiones recordaba a Celeste, pero esta vez sintiendo un cariño especial por ella. También estaba

feliz por su amigo Miguel, ya que él junto con Sara formaban una hermosa pareja.

Azkeel seguía encerrado en el calabozo. Su padre en ocasiones lo visitaba, pero siempre terminaban peleando, ya que Azkeel no se arrepentía de lo que había hecho, su soberbia y ambición fueron las que causaron a que sus planes fracasarán.

Para el diablo había sido una tortura no tener a Celeste a su lado, dos veces había sufrido su muerte, la seguía amando intensamente y de nuevo sentía aquel vacío en su interior. Pero un día, decidió visitar el mundo de los vivos para despejar su mente, tomó asiento en un pequeño parque, uno parecido donde conoció a su amada. Una lágrima resbaló por su mejilla al recordarla, pero en ese momento sintió una pequeña mano rozar su piel que trataba de limpiar el líquido con delicadeza: ante él se encontraba una pequeña niña de seis años de edad de cabello castaño con ojos color miel muy parecida a Celeste. La niña acarició su rostro de la misma manera que ella lo hacía.

—No llores. Todo estará bien— comentó la niña con una gran sonrisa.

—¡Valentina, ya nos vamos, apresúrate! —gritó la madre de la pequeña.

La niña al escuchar el llamado de su madre se alejó de él, pero no sin antes decirle un adiós con una de sus pequeñas manos. El diablo le correspondió el saludo, aún sorprendido por el gran parecido de la niña con su amada. Entonces recordó las palabras de Gabriel sobre la reencarnación, entonces se dió cuenta que: Celeste había reencarnado en esa niña.

Sin embargo, no podía hacer nada para detenerla y decirle que era él. Ella ahora tenía una nueva vida, con mejores padres. Comprendió que debía dejarla ir por los momentos, mientras crecía, ella merecía tener años de amor y alegría, los que nunca pudo disfrutar.

—Te veré luego mi amor—pronunció en voz baja observando a lo lejos a la pequeña.

Luego se puso de pie para regresar a su mundo a seguir preparándose para un día importante: La batalla final, que consistía en el enfrentamiento entre Dios y él, unos días antes del juicio final.

El ganador tendría una gratificante recompensa: el encarcelamiento del perdedor.



## Capítulo XXIII

Ha pasado muchos años, faltaban pocos días para que la batalla entre Dios y el diablo se iniciará: el perdedor sería encarcelado para siempre junto a su ejército en los dominios del vencedor. Posteriormente el juicio final se llevaría a cabo, sin atrasos.

El diablo debía de ganar esa batalla a toda costa, pues no iba a permitir que lo encerraran de por vida. Su objetivo era derrotar a Dios y dominar el mundo de los vivos por completo, convirtiéndolo en un verdadero infierno.

—¡Mi señor, le tengo una mala noticia! —gritó Belcebú preocupado—. Su hijo ha escapado del calabozo.

El diablo estaba impactado por la noticia; claramente alguien lo había ayudado a escapar.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó seriamente.

Belcebú se preparaba para la reacción de su amo.

—En el mundo de los vivos—le confirmó—. Estábamos observándolo, hasta que simplemente perdimos contacto visual—agregó con temor.

—¡Envía a los demonios a buscarlo inmediatamente! —gritó el diablo con furia.

El jefe del ejército del infierno obedeció la orden de su amo, los demonios fueron enviados en su forma humana para encontrar a Azkeel. Las horas pasaron y no hubo resultados, él no se encontraba en ningún lado.

El diablo estaba furioso. Investigó a los guardias que estaban a cargo de la vigilancia de su hijo y los torturó; pero ellos no tenían idea de cómo había escapado.

Mientras tanto Azkeel, se encontraba débil en su forma humana. Se encontraba en un sucio callejón recostado en una de las paredes. Una señora no mayor a sesenta años que pasaba por el lugar lo observó y no dudó en acercarse. Ella lo inspeccionó y corroboró que no estaba herido, sino más bien débil y sin energía. Lo ayudó a ponerse de pie y a caminar dos cuadras adelante donde se encontraba su casa. Cuando llegó a su destino, lo recostó

sobre la cama, lo acobijó y lo dejó dormir. Salió de la habitación a prepararle una exquisita sopa.

Al despertar, Azkeel estaba desorientado; no sabía dónde estaba ni cómo había llegado a esa habitación. Sólo recordaba que Dalila lo había ayudado a escapar seduciendo a un guardia para robarle la llave. No sabía por qué lo había ayudado, pero no desperdició la oportunidad, con la poca energía que le quedaba, pudo abrir el portal con éxito. El calabozo era un sitio especial donde toda la energía era consumida, fue por esa razón que estando afuera del mismo si pudo lograrlo.

—Hola, muchacho. ¿Cómo te sientes? —preguntó Mercedes entrando con una bandeja de comida—. Ten, es hora de comer—le dijo colocándole la bandeja sobre la cama.

Azkeel se acomodó. En el infierno no solían comer comida humana, pero esa realmente se miraba exquisita. Tomó la cuchara y se dispuso a comer.

—Está deliciosa —dijo devorando la sopa—. Por cierto, ¿cómo llegué hasta aquí? —preguntó observando a la mujer.

Mercedes le relató dónde lo había encontrado. Ella vivía solamente con su nieta de dieciocho años. Mercedes era una persona amable y de un gran corazón que siempre estaba dispuesta a ayudar a los demás.

—¡Abuela ya llegué! —se escuchó una voz femenina desde la entrada de la casa.

—¡Estoy en el cuarto de invitados! —respondió de igual forma Mercedes.

La puerta de la habitación se abrió, dejando ver a una chica de cabello negro lacio a la altura de los hombros, piel morena y ojos café oscuro: era una chica muy hermosa.

Observó al chico que se encontraba sobre la cama y una corriente eléctrica recorrió su cuerpo.

—Ven, acércate. Te presento a... ¿cuál es tu nombre jovencito? —interrogó Mercedes.

Azkeel no quitaba la mirada de la chica, algo en ella lo atrajo inmediatamente.

—Mi nombre es Azkeel—pronunció sin apartar su mirada de ella.

—Un placer conocerte, soy Katherine —comentó extendiendo su mano a regañadientes.

Katherine era una chica fría, egoísta y poco amigable; no tenía muchos amigos por su actitud, su abuela era la única que sabía del porqué ella se comportaba así. Mercedes le contó a su nieta sobre como había encontrado a Azkeel y a ella no le sorprendió que su abuela hubiera hecho eso, pues sabía que ella era así de bondadosa, siempre buscaba la manera de ayudar a los demás.

—Iré a guardar una ropa para donar mañana a la fundación. Quédate aquí con el muchacho, Kat—ordenó Mercedes poniéndose de pie y saliendo poco después de la habitación.

—No creas que seré amable contigo solo porque mi abuela tuvo la grandiosa idea de ayudarte—inquirió molesta mientras tomaba asiento y comenzaba a teclear algo en su celular sin presentarle la mínima atención—. Solo no te metas en mi camino—lo amenazó.

Azkeel analizaba cada expresión de la chica y algo en ella le gustaba.

—¿Qué pasaría si lo hago? —preguntó él con diversión.

Ella levantó la vista y lo miró con una expresión maligna.

—La pasarías muy mal—contestó con una sonrisa macabra.

Azkeel sonrió levemente ante aquella respuesta: ella sin duda era diferente a las demás humanas que había visto con anterioridad. Él se había acostumbrado a que las diablillas lo buscaran en el infierno para sus placeres, pero esta simple mujer era diferente.

—Eso ya lo veremos, preciosa —mencionó él con diversión y un brillo especial destelló en su mirada.

Katherine sonrió ante sus palabras, ya que él la había desafiado y eso jamás le había ocurrido.

## Capítulo XXIV

Valentina, despertó sudando después de una pesadilla, una de las tantas que la atormentaba noche tras noche. Le había comentado a su madre que en ocasiones tenía recuerdos extraños, que eran como si hubiera tenido una vida pasada. Con el tiempo los sueños o recuerdos eran con más claridad. Entre los recuerdos se encontraba uno: cuando ella era una niña siendo abusada por varios hombres, en otras ocasiones soñaba que estaba en el cielo y otras en el infierno; pero el rostro de un hombre llegaba siempre a su mente, provocando que su corazón latiera con rapidez.

Valentina se levantó y desayunó. Fue a visitar a su madre, ya que tenía unos días libres de la universidad y siempre aprovechaba para estar con sus padres. Cuando llegó, su madre estaba en la cocina haciendo una lista para los víveres. Ella se ofreció a ir al supermercado que se encontraba cerca a comprarle lo que necesitaba. En el camino se tropezó con Belcebú en su forma humana.

—Lo siento —se disculpó ella.

Sus ojos quedaron pausados viendo los de él, de repente todos sus recuerdos llegaron a su cabeza uno tras otro como un bombardeo, estaba a punto de desmayarse, pero Belcebú la sostuvo.

—Ahora lo recuerdo todo—pronunció ella todavía impactada—. Necesito que traigas a Cristóbal, necesito verlo —dijo un poco aturdida.

Belcebú dudo un momento ante su petición. No sabía si era conveniente la presencia de Celeste en estos momentos cuando la batalla estaba punto de realizarse. Luego de pensarlo le tenía una respuesta.

—Enseguida regreso mi señora —respondió a la vez que desaparecía del lugar.

Celeste esperó con ansias ese momento con una mezcla de emociones. Necesitaba ver a su esposo cuanto antes, tenía muchas preguntas y dudas. Veinte minutos habían pasaron cuando el portal apareció a pocos metros de ella.

El diablo quedó un momento paralizado al verla, avanzó hacia ella

despacio, cuando estuvo cerca la tomó de la cintura y la besó apasionadamente y ella sin dudarle le correspondió en seguida.

—¿Mi amor pudiste recordarlo todo? Cuando Belcebú me lo contó no podía creerlo —comentó el diablo con alegría.

—Quería verte inmediatamente—comentó ella acariciando su rostro—. ¿Qué pasó con nuestro hijo luego de mi muerte? —preguntó ansiosa y preocupada.

El diablo le contó que los poderes de su hijo habían sido sellados por completo y que había sido encerrado en unos de los calabozos del infierno todos estos años, hasta que ahora había escapado con ayuda de alguien que todavía no había descubierto.

—Él se encuentra aquí, en este mundo. Tal vez poseía algo de poder que utilizó para abrir el portal y poder trasladarse de esa manera —inquirió el diablo pensativo—. Todavía no lo he podido encontrar —dijo viendo a su esposa, la cual se encontraba atenta a su relato.

Celeste todavía le dolía saber que su propio hijo había provocado una batalla con su padre, pero le resultaba más doloroso que su pequeño haya sido capaz de haberla matado.

—Amor mío, en unas horas será la batalla entre Dios y yo. Si pierdo estaré encerrado por toda la eternidad —comentó el diablo observándola con amor—. Lo que significa que debes esperar a que está finalice para volver a estar juntos, ya que ahora eres una humana de nuevo—agregó con tristeza.

Ella no se esperaba ese acontecimiento. Sabía que ese día iba a llegar, solo que no se imaginó que los últimos sucesos iban a ocasionar que no pudiera estar a su lado para apoyarlo.

—Sé que has estado esperando ese día con ansias, y aunque me duela no poder apoyarte como lo había soñado, te estaré esperando como siempre lo he hecho—respondió abrazándolo fuertemente—. Te amo —agregó con dulzura.

—Yo también te amo mi amor. Te prometo que ganaré y por fin estaremos juntos para siempre. Ahora debo irme, debo terminar de preparar los últimos detalles —pronunció conmovido.

—Prométeme que buscarás a Azkeel. No importa lo que me haya hecho, él siempre será mi hijo —le dijo ella con la esperanza de que eso sucediera.

A él no le quedo más remedio que prometerle a su esposa que lo haría. Se despidió de ella con un último beso. Luego el portal se abrió nuevamente y

Celeste observó con nostalgia cómo el amor de su vida regresaba nuevamente a su mundo.

El cielo se comenzó a nublar, poco a poco la lluvia caía, convirtiéndose después en una gran tormenta. El viento soplaba con fuerza y los truenos se hicieron presente. Las personas pensaban que era cuestión del clima; sin embargo, estaban equivocados. Una batalla estaba a punto de desarrollarse, en la línea donde el cielo y el infierno se unían.

## Capítulo XXV

Azkeel había recuperado un poco de energía y fuerza, se puso de pie y camino hacia la ventana para observar el clima que había en ese instante. El día se había oscurecido más, los vientos eran fuertes, la lluvia caía con intensidad y los truenos iluminaba por pocos segundos la ciudad.

—Este clima es muy extraño es, como si el fin del mundo estuviera a punto de ocurrir —comentó Katherine poniéndose de pie al lado de Azkeel.

Él sabía que la batalla estaba a punto desarrollándose. No podía negar el deseo que sentía por ser parte de esa batalla, estaba seguro que su padre no iba a rendirse fácilmente, a pesar que lo había encerrado lo apoyaba en su batalla.

—Quizás ese día al fin llegó —comentó Azkeel observándola—, ¿Esta lista para ser juzgada por tus pecados? —preguntó con una leve sonrisa.

Katherine dirigió su mirada hacia él, tenía un brillo misterioso en sus ojos que la hacía sentir un poco incómoda.

—No me importaría si hoy fuera ese día, eso seria lo mejor —respondió con tranquilidad—, y claro que estoy lista, siempre lo he estado —dijo finalmente.

Su respuesta lo dejó a un más pensativo, esa chica sin duda no le tenía miedo a la muerte.

—¿Acaso no tienes miedo? ¿Donde ira tu alma mi querida Katherine? —interrogó de nuevo acercándose aún más a ella—. No me digas que has sido una chica buena, porque eso no me lo creo —comentó acorralándola de inmediato mientras extendía su brazo para que ella no se escapará.

Ella apoyó su espalda contra la ventana mientras lo miraba.

—No te equivocas. He cometidos algunos pequeños pecados, de los cuales estoy segura que mi alma tendrá un pase directo al infierno —respondió con malicia.

Azkeel quedó a pocos centímetros de sus labios, ella realmente lo atraía.

—No me digas que mataste a un gato —dijo él con diversión.

—No te hagas el gracioso —inquirió molesta—. Al que mate fue a mi padre —respondió fríamente.

Él la observó con atención, se preguntó si realmente ella decía la verdad.

—¿Cuál fue el motivo? —preguntó con curiosidad.

Katherine no estaba segura si debía contarle los motivos que tuvo para asesinar a su padre; sin embargo, luego de unos segundos decidió contarle una parte de su historia ya que, por alguna extraña razón, él le transmitía confianza.

—Mi padre era un borracho que cada vez que llegaba a casa nos golpeaba a mi madre y a mi. Un día mi padre golpeó salvajemente a mi madre provocándole una fuerte hemorragia interna que le provocó la muerte. En ese momento lo odié con todo mi ser, sin embargo, no tuve otra opción que quedarme con él por ser menor de edad y porque la policía corrupta no hizo nada en su contra—respondió recordando esos momentos de su vida—. Cada día era un infierno, mi padre siempre buscaba una excusa para golpearme, hasta que un día, decidí vengarme por todo el daño que me había hecho, así que añadí veneno en una de sus botellas de licor, él la bebió y minutos después el veneno hizo efecto, él me suplicaba que buscará ayuda, por supuesto que no lo obedecí, sólo me quedé observando como agonizaba lentamente en el suelo hasta que dió su último aliento y murió como el parásito que era—agregó con una sonrisa macabra.

Azkeel sonrió ante su respuesta, ella era como él. Tenía mucha maldad y eso lo atraía por completo. Luego observó sus labios rojos.

—Eres sorprendente, ¿Qué harías si te contaré que soy el hijo del diablo y que he venido desde el mismísimo infierno? —preguntó mientras tomaba su rostro con una de sus manos.

Ella sintió un escalofrío recorrer su cuerpo con ese tacto. Los ojos de Azkeel se habían oscurecido más; pero ella no era una chica cobarde, había dejado de sentir miedo hace mucho tiempo y no estaba dispuesta a experimentar esos sentimientos, que según ella hacían débil a una persona.

—¿Como sé que lo que dices es cierto? —preguntó incrédula.

Azkeel extendió su mano y con la poca energía que tenía logró formar una pequeña esfera de luz con energía maligna, lanzó la esfera hacia un florero que se encontraba en la mesa de noche rompiéndolo por completo, los pedazos de vidrio cayeron al suelo provocando un fuerte estruendo. Katherine quedó impactada con lo que había visto.

—Eso significa que lo que dices es verdad —pronunció nerviosamente.

—No me digas que tienes miedo, preciosa —mencionó acorralándola de nuevo. Ella no podía creer lo que había visto y mucho menos podía procesar la verdadera identidad de Azkeel.

—No te tengo miedo —respondió con seguridad —. Si mi abuela te encontró en aquel callejón en un mal estado, es por algo, ¿Acaso escapaste del infierno como un vil cobarde? —preguntó con burla.

—Eso no es así. Yo no soy un cobarde —respondió molesto ante aquella pregunta—. Te aconsejé que no me provoques, no sabes lo que soy capaz de hacer—dijo en un tono serio.

Ella sonrió ante aquella amenaza.

—Y tú no sabes de lo yo soy capaz de hacer—contraatacó sin temor alguno.

Azkeel la tomó de la cintura y la besó apasionadamente, ella tardó un segundo en reaccionar, sin embargo, le correspondió el beso enseguida: no había duda que la atracción entre ambos era inminente.

Mientras tanto Celeste regresó a la casa de sus padres bajo la fuerte tormenta.

—Hija estaba preocupada por ti —dijo su madre recibéndola con una toalla para que se secará.

—Lo siento mamá, con la tormenta no pude hacer las compras —dijo disculpándose.

—Eso no importa hija, en tu vieja habitación todavía hay algo de ropa que dejaste. Anda ve a cambiarte antes de que te enfermes —dijo con ternura.

Ella obedeció a su madre, ingresó a su antigua habitación y se cambio de ropa. Sin embargo, no dejaba de pensar en el diablo: quería estar a su lado.

—Debo de encontrar la manera de regresar al infierno—pronunció en voz baja.

Fue en ese momento que se le ocurrió una idea, una que podría servirle para lograr su objetivo, pero este a su vez tendría consecuencias.

## Capítulo XXVI

Después de tanto pensarlo Celeste fue a la habitación de su madre, buscó entre sus cajones un arma que su padre siempre guardaba; cuando la encontró, la tomó y verificó que estuviera cargada. Observó por la ventana y pudo ver que el clima estaba empeorando, se dio cuenta que el auto de su padre se encontraba estacionado afuera de la casa, por lo tanto, él debía estar en la cocina con su madre. Bajó lentamente, ellos se encontraban tomando café mientras charlaban tranquilos. Roberto y Carolina eran muy buenos padres, siempre le dieron el cariño y protección que no había tenido en su vida pasada. Ahora que había recuperado todos sus recuerdos, se preguntó si sería capaz de asesinarlos; sin embargo, esa era la única manera de que su alma fuera directamente al infierno.

Celeste les apuntó con el arma, y luego le disparó a su padre en repetidas ocasiones. De inmediato su cuerpo cayó al suelo, Carolina quedó impactada a ver a su esposo en ese estado, pero más al darse cuenta quien había disparado. Tardó un segundo en reaccionar, se puso de pie y se desplazó hasta llegar donde estaba su esposo.

—¡Roberto despierta por favor! —exclamó entre lágrimas, luego dirigió su mirada hacia su hija— ¡¿Por qué lo hiciste?! —interrogó con dolor.

Celeste, a pesar que sentía amor a sus nuevos padres, siempre había sentido un vacío dentro de ella que nunca pudo explicar, pero ahora que había recordado todo sabía cual era la causa del mismo. Ella estaba dispuesta hacer todo por estar al lado del diablo, no le importaba si él perdía la batalla, sabía que al estar muerta tendría más opciones de desplazarse en aquel mundo. Por esa razón debía acabar con la vida de aquellos dos seres que la amaron y la protegieron todos estos años. Aunque estaba agradecida por haber reencarnado dentro de una familia amorosa y magnífica, ya había tomado una decisión de la cual no había marcha atrás.

—Gracias por todo, mamá —pronunció antes de dispararle en el tórax.

Celeste observó los dos cuerpos, pero no sintió ningún tipo de arrepentimiento como ella esperaba, era como si todo el amor que sintió por

ellos hubiera desaparecido por completo. Volvió a cargar el arma y se apuntó a si misma en la cabeza.

—Espero que esto funcione —dijo para sí misma antes de jalar el gatillo, su cuerpo cayó al instante formando un charco de sangre.

Poco después Celeste abrió los ojos, se encontraba de nuevo en el infierno, pero en esta ocasión su entrada no sería como la primera vez. El calor era insoportable, las almas que se encontraba junto a ella, esperando su turno para ingresar no estaban acostumbrados todavía al intenso calor.

En el infierno existían demonios llamados Meikai, estas criaturas eran las encargadas de recibir a las almas pecadoras: eran de color negro, su cuerpo estaba cubierto de espinas, poseían un solo ojo en el centro de su rostro, sus colmillos eran puntiagudos y filosos. Cada Meikai tenía un inmenso libro donde se llevaban los registros de los pecados de cada persona, estos se analizaban y se determinaba a cuál nivel del infierno debía ser enviada cada una de las ellas.

El salón donde se encontraba celeste estaba adornado con huesos humanos y piel de animales. En su interior se visualizaba las diez puertas del infierno, las cuales estaban esparcidas en todo el salón, sólo la última tenía un color caoba con algunos signos incomprensible para un recién llegado: está se usaba para ingresar al salón donde el diablo se reunía con su ejército.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el Meikai a uno de los recién llegado.

—Federico Rivera —respondió con temor.

El Meikai buscó en el registro su nombre.

—Si aquí estas, estarás en el nivel seis donde están los corruptos —respondió señalándole la entrada de dicho nivel.

Federico con miedo avanzó hacia la entrada de la puerta correspondiente, hasta desaparecer de la vista de todos.

—¡El siguiente! —inquirió el Meikai.

Celeste avanzó hacia quedar frente a él.

—Tiempo sin verte Kleifer —pronunció ella con tranquilidad.

El Meikai levantó su vista hacia ella, quedándose sin habla por su presencia.

—Mi señora, no puedo creer que haya regresado después de tantos años —tartamudeo Kleifer haciendo una reverencia, rápidamente buscó el nombre

que tenía Celeste en la tierra, verificó que realmente si hubiese cometido un acto para condenar su alma.

—Todo esta en orden mi señora puede pasar—comentó nerviosamente.

Celeste avanzó hasta llegar a la puerta número diez, ingreso rápidamente, luego se dirigió hacia el salón donde se encontraba el espejo donde se supervisaba la actividad humana. En el lugar sólo se encontraba un demonio haciendo guardia.

—Mi señora por fin regresó, sea usted bienvenida —comentó el sirviente.

—Réquiem, ¿has tenido noticias de mi hijo? —preguntó ella acercándose al gran espejo.

—Hace unos minutos pudimos contactarlo, al parecer ya ha recuperado su energía —mencionó Réquiem— ahí está —agregó señalando el espejo el cual reflejaba en rostro de Azkeel.

Celeste sintió una inmensa alegría de ver a su hijo de nuevo. Observó que se encontraba en una hermosa casa colonial junto a una chica muy bella, ella parecía prestar atención a lo que él le estaba contando. Ella ahora era una simple alma, no tenía poderes que le pudieran servir para abrir el portal e ir a buscar a su hijo, sin embargo, Réquiem si podía hacerlo.

—Hola celeste tanto tiempo sin verte —pronunció una voz femenina detrás de ella.

Ella de inmediato buscó la dueña de esa voz.

—Dalila, ¿que haces aquí? —preguntó con curiosidad.

—Vengo a ayudarte —afirmó con una leve sonrisa.

Celeste conocía muy bien a Dalila desde que ella les avisó del ejército que Azkeel estaba formando para enfrentarse a su esposo, ella siempre estaba al tanto de las novedades o hechos sumamente confidenciales, Celeste no sabía como ella lograba enterarse de ese tipo de cosas, pero si conocía que ella era ágil, astuta y ambiciosa, o por lo menos eso reflejaba ante los demás.

—Muy bien. Te escuchó.

—dijo Celeste ansiosa por lo que ella le iba a decir.

Dalila simplemente sonrió ante aquellas palabras.

Mientras tanto, la batalla continuaba. Los ángeles y demonios luchaban intensamente, el ruido de sus espadas y lanzas retumbaba por todo el cielo.

Ambos ejércitos comandados por Miguel y Belcebú se encontraban cansados, sin embargo, ninguno se daba por vencido. Dios y el diablo se encontraban de espectadores observando cómo se enfrentaban. Los dos sabían que faltaba pocos minutos para su enfrentamiento, donde el destino de la humanidad se definiría

## Capítulo XXVII

Luego del beso entre Azkeel y Katherine, los dos se observaron en silencio. Ella un poco nerviosa se alejó de él sentándose sobre la cama.

—Ahora es tu turno de contarme el motivo por cual escapaste del infierno —inquirió ella con seriedad.

Azkeel sonrió ante la actitud despreocupada de la chica ante el beso, él no podía negar que lo disfrutó, pero sobre todo algo dentro de él se removió.

—De acuerdo, me parece justo— respondió.

Azkeel comenzó a contarle toda su historia, desde su niñez hasta su escape. Ella escucha con atención todo su relato.

—La batalla está desarrollándose en este momento, es por ese motivo el clima ha cambiado dramáticamente —finalizó con su relato Azkeel.

Ella analizó todo lo que él le había contado.

—¿Sientes algún tipo de cariño hacia tus padres? —interrogó ansiosa por su respuesta.

Azkeel no encontraba las palabras para responder a esa pregunta, no sabía exactamente lo que sentía por ellos, todos los años que pasó encerrado, estuvo pensando cuales habían sido los errores del porque el plan para derrocar a su padre había fallado. Cada vez que su padre iba a visitarlo siempre discutían, pero no podía negar que el hecho de verlo lo había sentir acompañado. En cuanto a su madre, no sabía exactamente lo que sentía por ella, solo tenía pensamientos de culpabilidad por lo que le hizo. Él nunca se imaginó experimentar ese tipo sentimientos, pensó que seguramente la parte humana que había heredado de su madre estaba saliendo a flote.

—No siento nada por ellos —respondió con firmeza, no iba permitir que alguien se diera cuenta de su debate interno, en especial ella.

—De acuerdo —musitó Katherine no muy convencida de su respuesta.

En ese momento, una gigantesca luz se hizo presente dentro de la habitación cegándolos por completo, cuando está disminuyó, Azkeel dirigió la mirada hacia el lugar donde provenía la luz.

—Réquiem, ¿qué haces aquí? —interrogó con sorpresa.

Este se acercó a Azkeel, hizo una reverencia. El portal detrás de él se cerró por completo.

—He venido de parte de su madre, me ha encomendado que le diera un mensaje importante —dijo con seriedad y respeto.

—¿No se supone que ella había desaparecido cuando la asesine? —preguntó con desconcierto, Katherine al escuchar sus palabras lo miró con sorpresa.

Réquiem comenzó a relatarle sobre la reencarnación de su madre y su recién llegada al infierno.

—Comprendo —respondió Azkeel meditando sobre la información que acababa de recibir.

—¿En qué consiste ese mensaje? —interrogó ansioso.

—Se trata sobre su sello, hay una manera de quitarlo y así pueda obtener todos sus poderes de nuevo —respondió Réquiem—. Sin embargo, ella puso una condición para poder revelarte esa información —agregó finalmente.

Azkeel deseaba con intensidad que sus poderes regresarán nuevamente, no dudaba en aceptar cualquier tipo de condición.

—¿Cuál es esa condición?

—La condición consiste que una vez recuperados tus poderes, debes ir donde se está desarrollando la batalla y de esa manera ayudar a tu padre.

Azkeel se preguntó porque su madre había puesto tal condición, seguramente su padre estaba perdiendo y ella quería que él tuviera una clase de ayuda, pero no podía negar que el deseo de combatir era grande.

—De acuerdo, aceptó la condición —afirmó muy seguro de su decisión.

—Siendo así, ya puedo revelarle tal información —musitó con una leve sonrisa—. Para liberar de nuevo sus poderes, debe beber sangre de un ángel no puro, pero, esta debe ser ofrecida de forma voluntaria, ya que él o ella deberá morir —agregó Réquiem seriamente.

—¿Te refieres a un sacrificio celestial? —interrogó Azkeel.

—Así es —respondió.

—. ¿A dónde encontraré un ángel que me ofrezca su sangre? —

pronunció pensativo.

—Yo lo haré muchacho —respondió Mercedes ingresando a la habitación con un vaso de vidrio lleno de un líquido rojo.

Se podía visualizar un leve corte en uno de sus brazos el cual estaba cubierto con una venda.

—Abuela, pero...—dijo Katherine con confusión.

—Cariño, en realidad soy un ángel, uno no puro, mis alas junto con mi misión fueron asignadas hace uno años, exactamente cuando me hice cargo de ti —la interrumpió Mercedes—. Soy tu ángel guardián —dijo con cariño.

Algunos ángeles en su misión, lograban tener un aspecto visiblemente humano para vivir entre ellos, en el caso de Katherine, al quedarse huérfana a temprana edad se le asignó un ángel guardián, así fue como Mercedes tomó el papel de su abuela.

El cuerpo de Mercedes se comenzó a brillar, una luz blanquecina iluminaba la habitación. En segundos, su aspecto se convirtió en el de un joven ángel que extendía sus hermosas alas. Todos la miraron con sorpresa.

Mercedes observó Azkeel.

—Ten, bebe mi sangre, así el sello se romperá —explicó extendiéndole el vaso.

Azkeel tomó el vaso y lo observó con atención.

—¿Por que lo haces? —preguntó intrigado por su sacrificio.

—No busques respuesta, sólo bébelo. El tiempo es limitado —respondió ella con seriedad.

Él obedeció y bebió el contenido del vaso. El líquido que recorría en su garganta era sumamente exquisito. En poco tiempo Azkeel sintió un hormigueo que recorría su cuerpo, una luz con energía maligna se estaba formando alrededor de él, de repente varios objetos se rompieron por la cantidad de energía acumulada. Sintió que sus poderes habían regresado por completo.

—¡Tengo de nuevo mis poderes! —exclamó con evidente alegría.

Mercedes estaba desapareciendo. Katherine la observó con nostalgia, nunca le demostró lo mucho que la quería.

—No puedes irte, yo te necesito —pronunció Katherine con sinceridad.

Mercedes se acercó a ella y acarició su mejilla.

—Eres una chica muy fuerte, se que estarás muy bien—dijo con dulzura —. Adiós, cuídate mucho y recuerda que siempre estaré a tu lado — pronunció el ángel despidiéndose con un beso en la frente antes de desaparecer por completo.

Katherine lloraba en silencio, recordó cada momento junto a ella y se arrepentía de haber sido tan malvada, de haberle hecho pasar malos momentos.

—¿Estas bien? —interrogó Azkeel con preocupación.

—Por supuesto —respondió ella limpiando sus lágrimas, porque no quería seguir demostrando su vulnerabilidad.

—Debemos marcharnos, su madre quiere verlo antes de que se incorpore en la batalla —mencionó Réquiem en ese momento.

Azkeel miró a la chica con nostalgia ya que debía despedirse de ella.

—Espero un día volver a verte —comentó sin quitarle la mirada.

Ella lo observó con atención, no sabía porque motivo se sentía triste al saber que se marchaba.

—Espero lo mismo, suerte Azkeel —respondió rápidamente.

Réquiem abrió de nuevo el portal para luego ingresar, Azkeel hizo lo mismo, pero no sin antes observar por última vez a la chica especial que había conocido.

## Capítulo XXVIII

Azkeel se encontraba de nuevo en el infierno. Celeste lo estaba esperando, al verlo sintió una gran alegría por tener a su hijo frente a ella.

—Hola hijo—saludó conmovida, quería abrazarlo, pero sabía que su hijo no le gustaría esa muestra de cariño.

Azkeel la miró con atención, no podía creer que su madre estaba de regreso. Era la primera vez que la veía después de tanto tiempo.

—Hola madre—dijo un poco incómodo.

Dirigió su vista hacia el gran espejo en el cual se reflejaba la batalla. Ángeles y demonios continuaba luchando sin parar.

—¿Es por eso que elegiste esa condición? —preguntó señalado el espejo.

—Si y debes darte prisa—dice su madre con preocupación.

Azkeel dirigió su vista hacia ella, su rostro reflejaba preocupación, fue ahí que se dio cuando de algo.

—¿Tanto lo amas madre? —interrogó curioso—. Has sacrificado tanto por él, que estoy seguro que, si su vida dependiera de ti, harías lo que fuera por salvar la suya.

—Tal vez no comprendas lo que es el amor hijo, pero es un sentimiento tan grande, que no dudarías de arriesgar tu propia vida por la persona que amas—respondió dulcemente—. Haría cualquier cosa por ustedes dos —dijo con dulzura.

—¿Por mi también? —interrogó incrédulo.

—Tu eres mi hijo y te quiero con todo mi ser Azkeel, y quiero que sepas que no siento rencor por lo que me hiciste, al contrario, te perdono—dijo acercándose un poco a él.

—Madre yo...

—No digas nada de lo que no estás seguro—interrumpió celeste—. Tengo la esperanza de que algún día me puedas querer, así como yo lo hago —agregó ella.

Azkeel sintió un leve dolor dentro de él, uno que no era físico, estaba experimentado sensaciones que jamás sintió.

—Hijo debes irte, el tiempo se acaba —dijo ella con suma preocupación.

—Te veré luego—pronunció él antes de salir del salón.

En la línea divisora la batalla continuaba. Este estaba cubierto por nubes grises, el suelo era más espeso donde los dos ejércitos podían ponerse de pie con facilidad.

—¡Ríndete Belcebú! —exclamó Miguel.

Los líderes de ambos ejércitos peleaban sin darse por vencidos.

—¡Eso jamás Miguel! —respondió atacando con su espada.

En un mal movimiento la espada atravesó el abdomen de Miguel, de la herida brotaba sangre sin parar, aunque segundos después la herida sana. Sin embargo, debido a que los ataques entre los ángeles y demonios eran constantes, las regeneraciones de sus heridas tardaban cada vez más en sanar, esto les provocaba cansancio y agotamiento. Todos en general estaban sin energía, llevaban horas de peleas, sus rostros reflejaban un agotamiento extremo, algunos no podían estar completamente de pie.

Esa era la Señal que Dios y el diablo esperaban. Por fin había llegado la hora de su enfrentamiento. El diablo en su aspecto demoníaco se fue acercando lentamente hasta quedar frente a Dios.

—Tanto tiempo sin verte, Luzbel —comentó Dios.

El diablo odiaba ese nombre ya que él se lo había asignado cuando lo creó.

—Lo mismo digo—respondió él con frialdad, no le iba a demostrar cuanto le molestaba ese nombre.

—¿Estás listo? —interrogó Dios con ese tono tranquilo que tanto odiaba el diablo.

—He esperado este momento por muchos años, claro que lo estoy —respondió con seguridad.

El diablo preparó su arma y comenzó atacar, Dios lo esquivó fácilmente, él no contaba con ningún tipo de arma o armadura que lo protegiera ya que no lo necesitaba.

El diablo se dió cuenta de que con la espada no lograría derrotarlo.

En su mano se formó una esfera oscura con destellos rojos y grises, de su cuerpo se desprendía energía maligna. El diablo lanzó la esfera con todas sus fuerzas directamente a Dios, sin embargo, este lo esquivó fácilmente. Dios lanzó un pequeño rayo de luz blanca que se desprendió de su cuerpo, este impactó al diablo de inmediato cayendo de rodillas por el intenso dolor que le había provocado ese pequeño ataque, el cual ocasionó que sangre saliera de su boca. La diferencia de poderes era evidente. El diablo estaba furioso consigo mismo, no estaba dispuesto a perder de nuevo. De repente una esfera con gran poder atravesó a unos de los ángeles. El diablo buscó el origen del ataque: Azkeel había hecho su aparición.

—Azkeel, ¿qué haces aquí? —preguntó el diablo sorprendido poniéndose de pie.

—No hay tiempo para los detalles padre. Debemos ganar esta batalla —respondió Azkeel con firmeza.

—De acuerdo hijo, eso haremos —pronunció el diablo.

Azkeel comenzó atacar con un poder impresionante, atacaba a cuántos ángeles se le atravesaban. El diablo quedó impactado por el poder de su hijo. Era mucho más fuerte que la última vez.

Gabriel al ver que Azkeel estaba atacando sin control, decidió intervenir y pelear directamente con él. Azkeel fue atacado en el tórax por una espada, tocó su herida y está se desvaneció por completo.

—Prepárate Azkeel, yo seré tu oponente—dijo Gabriel con una leve sonrisa.

Azkeel no pudo evitar reír ante su comentario. Él tenía la seguridad de que ganaría esa batalla.

## Capítulo XXIX

Gabriel y Azkeel peleaban frente a frente. Los demás ángeles y demonios también continuaban con la batalla.

—Tú hijo es muy valiente, se parece a ti Luzbel, pero su destino es otro —comentó Dios.

El diablo lo miró con confusión.

—¿A que te refieres? —preguntó intrigado por lo que había dicho.

Ese era el momento que Dios estaba esperando.

—Es mejor que hablemos en privado Luzbel—pronunció seriamente.

Esas palabras aumentaron aún más su intriga.

—Esta bien—dijo el diablo mostrando tranquilidad—. ¿Donde quieres ir? —preguntó.

Dios sonrió ante su interrogante.

—A un lugar que conoces muy bien, ahí tengo lo que necesitaremos —respondió con firmeza.

El diablo no pudo evitar reírse, después de tanto tiempo, iba al volver a pisar ese lugar. Luego los dos se elevaron hasta llegar al abismo.

—Será mejor que tomes tu apariencia humana. No quiero que asustes a los demás —le pidió Dios seriamente.

El diablo odiaba obedecerlo, pero no tenía más opción que hacerlo, si él lo llevó a ese sitio era por algo muy importante y delicado. Los dos atravesaron todo el jardín, nadie se percató de su presencia en el paraíso. Llegaron al salón donde se reunían los arcángeles. Dios lo invitó sentarse frente la mesa de cristal.

—¿De que quieres hablar conmigo? —preguntó el diablo—.

Si me permitiste pisar el paraíso de nuevo, debe ser por algo muy importante—agregó lo más tranquilo que pudo.

—Si te traje hasta aquí es porque quiero ofrecerte un trato—le contestó mostrándole un pergamino dorado.

—¿Qué es esto? —interrogó mientras lo tomaba.

—Es un contrato, si lo firmas, el destino de tu familia podría cambiar —respondió Dios sin desviar su mirada—. Ahora te contaré los detalles y lo que hay en juego Luzbel —agregó finalmente.

Durante la batalla, Azkeel había observado cuando su padre se marchó junto a Dios, eso le resultó extraño. Su pelea con Gabriel se estaba volviendo cada vez más difícil, los dos estaban realmente agotados, sentía que su fuerza se desvanecía. No comprendía porque en tan poco tiempo su poder había disminuido. Gabriel llevaba tras su espalda flechas de un dorado intenso, no las había utilizado en toda la batalla. Tomó una y la lanzó contra Azkeel en un instante que él se descuido. El ataque tomó por sorpresa a Azkeel. Su herida era muy profunda, esperó a que esta sanar; sin embargo, eso nunca ocurrió. Su mirada comenzó a nublarse, se sentía muy débil.

—Estas muriendo Azkeel —comentó Gabriel acercándose a él.

—¿Por qué? —preguntó sin comprender nada—. Se supone que soy inmortal —dijo débilmente.

Azkeel no pudo escuchar la respuesta, ya que sus ojos se cerraron por completo.

Tiempo después, abrió los ojos, tardó unos segundos en acomodar su vista, cuando lo hizo se dió cuenta que se encontraba en el infierno. A su lado se encontraban sus padres.

—¿Qué paso? ¿cómo llegué hasta aquí? ¿No se supone que yo estaba luchando contra Gabriel? —preguntó desconcertado.

Celeste guardó silencio ante sus interrogantes, miró a su esposo que estaba a su lado. El diablo le explicó a su hijo que durante la batalla se había desmayado y que Dios y él habían acordado posponer la batalla, ya que los ejercito de ambos se encontraban realmente agotados. Azkeel tenía muchas dudas con respecto a lo que su padre le estaba relatando. En eso recordó su herida.

—Todavía no me explicó como estuve a punto de morir si soy inmortal —mencionó confundido.

Esta vez fue el turno de Celeste en explicar a su hijo lo que ocurrió.

—Fue por la flecha de Gabriel, es una muy especial, está es capaz de

matar a un ángel —contestó—. Tu padre firmó un contrato con Dios donde se estipulaba que te salvaría la vida a cambio de posponer la batalla —dijo con tranquilidad.

Azkeel escuchó atento la respuesta de sus padres; sin embargo, su intuición le decía que algo ocultaban.

—Es mejor que termines de recuperarte. Mañana me ayudarás administrar todo el infierno, como siempre has querido hijo —musitó esta vez el diablo poniéndose de pie.

Celeste hizo lo mismo dejando sólo a su hijo. Ella cuando los vio regresar, el diablo traía a su hijo en brazos. Celeste solo había podido observar por el espejo el ataque de Gabriel contra su hijo, pero no sabía sobre el contrato que el diablo había firmado. Tampoco sabía muy bien los detalles del mismo, ya que él solo le mencionó lo mismo que le acababa de explicar a Azkeel.

—Cristóbal, necesito que me cuentes lo que realmente había en ese contrato —demandó Celeste.

Él conocía muy bien a su esposa, ella no se rendiría hasta que él le confesaría todo.

—Esta bien amor, pero antes déjame besarte, no he podido saludarte como es debido —mencionó tomando de la cintura, sus labios se unieron en intenso beso, donde se transmitieron todo el amor que sentían el uno por el otro. Una vez que este terminó, lo abrazó fuertemente.

—Cristóbal, sé que me ocultas algo, sabes que puedes confiar en mí— pronunció ella con dulzura.

Él a pesar de querer ocultarle las verdaderas condiciones del contrato, no podía tener secretos con su esposa.

—Esta bien amor, te contare la verdad —respondió acariciando su rostro.

Luego la invitó a sentarse para explicarle cada detalle.

## Capítulo XXX

Un par de años ha pasado, Azkeel se encontraba supervisando cada nivel del infierno, su padre le había otorgado más autoridad en el mismo. Ahora aceptaba sus ideas, se había vuelto más flexible con él. En ocasiones discutían, pero trataban de solucionar sus diferencias. Con el tiempo la relación con su madre había mejorado considerablemente. El aceptó finalmente que la amaba, le pidió perdón por el rechazo que durante años le había demostrado, en especial por haber atentado contra ella. Por supuesto que delante de todos los sirvientes aparentaba ser el chico malvado de siempre para conservar las apariencias igual que el diablo.

Todos en el infierno habían creído en el trato de posponer la batalla dentro de unos años más, ya que cuando el diablo y Dios aparecieron después de su reunión les explicaron a ambos ejércitos de su decisión. Ellos agradecieron en silencio, ya que se encontraban cansados y débiles; sin embargo, cuando ese día llegará, estarán más preparados para enfrentarse de nuevo, pero esta vez serán mucho más fuertes.

Azkeel, con el pasar de los meses dejó de dudar sobre lo que su padre le relato. Al comienzo no creía en sus palabras, sentía que su padre le ocultaba algo; sin embargo, la actitud de sus padres eran la misma de siempre, por ese motivo se olvidó de sus inquietudes. Ahora se dirigía a supervisar uno de los niveles, pero cuando estuvo a punto de ingresar, visualizó la presencia de una chica que se acercaba a él, se quedó sin habla al reconocer su rostro.

—Katherine—pronunció aún impactado por su presencia.

—Hola Azkeel—saludó ella con media sonrisa.

Él no sabía como reaccionar, durante estos años la había observado constantemente a través del espejo, y no podía negar que la amaba. Ahora dominaba por completo la parte humana que poseía y eso le permitía identificar cada sentimiento. Luego la invitó a su cueva, una vez que ingresaron, él le preguntó cómo había muerto. Ella le contó que había sido

atropellada por un auto y a la hora de estar en la entrada del infierno, se dió cuenta que estaba ahí por los actos que había cometido en su vida.

—Es un placer tenerte aquí en nuestras instalaciones—comentó él en tono de broma con una leve sonrisa.

Katherine ahora que estaba frente a él, se puso un poco nerviosa. Todos esos años no había podido olvidarse de él.

—Azkeel, yo quiero confesarte algo—dijo de manera nerviosa—. Todos estos años siempre estuviste en mis pensamientos, y quiero que sepas que yo...

Azkeel se había desplazado frente a ella interrumpiéndola con un gran beso. Ambos se dejaron llevar por el mismo.

—Yo también te he recordado todos estos años —dijo él una vez que el beso terminó—. Te he amado desde el primer momento en que te vi —agregó con sinceridad.

Ella no podía creer lo que estaba escuchando, estos años había anhelado volver a verlo y decirle lo que sentía.

—Yo también te amo —respondió ella felizmente.

Los dos con evidente alegría volvieron a sellar su amor con un apasionado beso y ahora una nueva boda estaba a punto de realizarse en el infierno.

El diablo y Celeste se encontraban observando como de costumbre el gran espejo. La maldad en el mundo de los vivos no había disminuido en absoluto, cada día más almas llegaban tanto al infierno como en el cielo, los humanos no aprendían de sus errores. Por otra parte, los nuevos castigos que había implementado Azkeel, habían obtenido esta vez buenos resultados.

Dalila ingresó en esos momentos a dejarle un informe sobre la cantidad de almas que había ingresado ese día. Desde el día en que ella y Celeste charlaron, ella por fin se enteró de su verdadera identidad, ella era un ángel infiltrado enviado por Dios con aspecto de diablilla para estar al tanto de todo lo que ocurría dentro del infierno, pero al estar ahí tanto tiempo se había contaminado de la maldad que se desprendía del lugar, ocasionando que su ser cambiará. Fue de esta manera que ella conocía detalles importantes. Miguel se contactaba con Dalila telepáticamente; fue así como ella ayudó a escapar a Azkeel y también sabía cómo romper el sello que tenía. El arcángel igualmente se había comunicado con Mercedes días antes, para decirle que

tenía otra misión asignada: le mencionó que pronto encontraría al hijo del diablo en un callejón, y que llegado el momento indicado ella debía de sacrificarse.

Una vez que Dalila se marchó. Los dos se quedaron en silencio.

—¿Estas bien amor? —preguntó Celeste tocando la frente de su esposo quien se miraba agitado, él se encontraba detrás de un escritorio leyendo de nuevo el contrato que Dios y él firmaron y que estipulaba lo siguiente:

*1) Dalila debía permanecer en el infierno hasta el juicio final y sin que su verdadera identidad fuera revelada.*

*2) A cambio de que Azkeel viviera. El diablo debía renunciar a la nueva batalla, la cual había sido pospuesta dentro de unos años más, pero cuando ese día llegará; él debía entregarse para ser encerrado por toda la eternidad, dando así el comienzo al juicio final (Dios enviar las almas pecadoras al limbo, ya que pertenecía a sus dominios y así eliminar el infierno)*

*3) El Diablo debía de renunciar al 90% de sus poderes.*

A consecuencia de tener poco porcentaje de poder, le provoca agotamiento constante, es por eso que le había otorgado la administración casi total del infierno a su hijo. La mayor parte del día poseía su aspecto humano, ya que convertirse en esa gran bestia requería de mucha energía.

—Estoy bien mi amor. Solo me siento un poco cansado —respondió fingiendo tranquilidad.

—No soporto verte así, cada vez es más difícil fingir que todo esta bien frente a nuestro hijo —pronunció ella entre lágrimas—. No quiero perderte otra vez—agregó con tristeza.

Él limpió las lágrimas de su esposa y la observó con dulzura.

—No me perderás mi amor, no por el momento—dijo con amor—. Solo nos queda ser felices hasta que ese día llegue, y presiento que faltan muchos años más—añadió con firmeza.

—Eso es suficiente para mi, por ahora— respondió ella besándolo con ternura—. Te amo y siempre será así —pronunció con amor.

—Yo también te amo, eres lo mejor que me ha pasado—musitó él con dulzura.

Solo el diablo y Dios conocían la fecha exacta del juicio final, pero sin duda faltaba poco tiempo para ese día; sin embargo, el diablo tenía un as bajo la manga, no estaba dispuesto a que lo encerraran tan fácilmente.

## Capítulo XXXI

Celeste y el diablo estaban vistiéndose para la boda de su hijo. Katherine desde un principio les agradó, aparentaba ser una chica malvada y fría; sin embargo, cuando estaba cerca de Azkeel sus ojos se iluminaban y esa barrera desaparecía. La boda se iba a realizar en el gran salón. Entre los invitados estaban Celeste, el diablo y algunos miembros del ejército del infierno.

—Te ves muy guapo—mencionó Celeste acomodándole la corbata a su amado.

—No mejor que tu. Estas preciosas mi amor —respondió él dándole un pequeño beso en los labios.

Azkeel ingresó en ese momento. Ya estaba vestido con su traje.

—¡Hijo, te ves realmente atractivo! —exclamó Celeste con alegría.

Él se sonrojó un poco; no estaba acostumbrado a vestirse así.

—Gracias mamá. Es hora de irnos —respondió un tanto nervioso.

—Todo saldrá bien, hijo, no te preocupes —le dijo su padre observando el nerviosismo de su hijo.

Poco después los tres se dirigieron hacia un gran salón. Todo estaba decorado con flores rojas y otras coloreadas de negro, las sillas estaban hechas de huesos humanos y animales y la alfombra que llegaba al altar era negra con líneas rojas. Azkeel se colocó frente al altar a esperar a su futura esposa. A los pocos minutos Katherine ingresó: Su vestido de novia era color rojo con un escote prologando en la parte de adelante, con encaje y perlas en la parte inferior, su cabello estaba suelto.

Al llegar al altar, la ceremonia comenzó con los votos de la pareja. Azkeel fue el primero en decir los suyos.

—Eres la mujer perfecta para mi, no solo por ser tan malvada y maquiavélica, sino porque me complementas. Deseo que estés siempre a mi lado. Te amo preciosa —pronunció Azkeel sin dejarla de ver.

Ella lo miró conmovida, pero ocultó su conmoción para no demostrar su parte vulnerable. Ahora era su turno.

—Azkeel, eres un maldito loco, perverso e impulsivo y eso es lo que amo más de ti —comentó con una leve sonrisa—. Eres cruel y no te imaginas cómo disfrutó cuando torturas esas patéticas almas. Te amo, y espero que seas mi esposo por la eternidad—le dijo finalmente.

Los dos intercambiaron anillos hechos con un metal indestructible que sólo existía en el infierno, con éste, Katherine y Celeste podía abrir portales que conducía al mundo de los vivos o tras dimensiones sin problema. Azkeel había descubierto ese material especial y tuvo la idea de formar un anillo que sirviera para ese objetivo, este se podía alimentar de cualquier energía.

La ceremonia terminó y los novios se despidieron para disfrutar de su luna de miel en una de tantas dimensiones que existían.

Celeste y el diablo regresaron a su cueva después de despedirse de los recién casados. Pero él se encontraba agotado.

—Cristóbal, dime, ¿Qué puedo hacer para ayudarte? —interrogó con preocupación su esposa—. No soporto verte así todo el tiempo —agregó con angustia.

Él la veía indeciso. Había estado prolongando esos meses un secreto, el cual podría ayudarlo a recuperar su energía y poder absoluto.

—Cuando vivía en el cielo escuché un pequeño relato entre dos arcángeles —relató él con cansancio—. Consistía en que, si un ser viviente estaba mal herido o a punto de morir y tomaba sangre de un ángel o de varios no puro en contra de su voluntad, éste ser recuperaba sus energías, pero con más poder—le dijo con seriedad—. Es muy similar a lo hizo nuestro hijo para romper el sello, aunque este es diferente porque la sangre es en contra de su voluntad. Lo que significa que sería un asesinato —finalizó el relato.

Ella analizó su relato.

—Hay una manera de comprobarlo. ¿Acaso no tenemos un ángel no puro entre nosotros, mi amor? —mencionó ella con una media sonrisa y con algo de maldad.

El diablo sonrió antes las palabras de su esposa, amaba cuando ella deja salir su lado maquiavélico. Luego les ordenó a unos de sus sirvientes que buscara a Dalila, esta llegó minutos después.

—Aquí estoy, ¿qué se les ofrece? —preguntó Dalila ingresado a la cueva,

pero solo visualizó a celeste, ya que el diablo estaba escondido; no obstante, él se colocó detrás de ella y con una navaja le hizo un profundo corte en el cuello. Dalila intentó llevar sus manos hacia ese lugar, pero el diablo no la dejó, observó la herida y de inmediato bebió de su sangre. El líquido recorría su cuerpo, llenándolo de vida, fuerza y poder. Pero no el suficiente que esperaba. Dalila poco a poco desapareció por completo: su vida celestial había sido arrebatada. El diablo sintió una corriente eléctrica recorrer su cuerpo; ya no se sentía tan agotado. Celeste, que se encontraba observando todo, se acercó a él.

—¿Funcionó? —interrogó.

Él dirigió su vista hacia ella; sus ojos eran más negros, y poseían un brillo más siniestro.

—Sí —respondió él fríamente—. Pero no es suficiente, todavía no he recuperado totalmente mi poder—añadió.

—¿Dónde encontraremos más ángeles? —preguntó Celeste pensativa.

El diablo sonrió ante su interrogante.

—Solo hay un lugar donde ellos se encuentran —respondió con malicia—. Iré al paraíso y les arrebataré su sangre— le respondió siniestramente.

Celeste lo miró con desconcierto. Eso era muy arriesgado, pero sabía que su esposo haría lo que fuera por lograr el objetivo de recuperar sus poderes por completo.

## Capítulo XXXII

En el cielo anualmente se realizaba una reunión entre Dios, arcángeles y ángeles guerreros para hacer un informe sobre los pecados y sucesos en el mundo de los vivos. Ninguno de ellos hubiera podido predecir lo que iba a ocurrir ese día. El diablo estaba decidido; iría al paraíso y asesinaría a más ángeles, pero debía ser cuidadoso de no ser descubierto antes de tiempo, ya que tenía que tomar la sangre de suficientes ángeles para recuperar todo su poder. Él sabía de la reunión anual que se llevaría a cabo ese día pues había estado muchas veces en ella.

El diablo, con la energía que había recuperado, tomó su aspecto de bestia, se despidió de su esposa y voló hasta el abismo. Al llegar volvió a tomar su forma humana y caminó hasta introducirse al jardín del paraíso. En la orilla de un pequeño estanque observó cómo dos ángeles charlaban a gusto y se acercó a ellas sigilosamente, como un animal buscando a su presa. Tomó fuertemente su navaja y atacó por la espalda a una de ellas, entonces un grito de dolor se escuchó por esa parte del jardín, el otro ángel femenino trató de huir volando, pero el diablo fue más rápido. La tomó del pie y la atrajo hacia él, la apuñaló en repetidas ocasiones hasta tenerlas dominada por completo y bebió suficiente sangre para que su cuerpo se alimentará y desarrollará con más energía: Sara y Alejandra habían sido sus primeras víctimas.

El diablo tomó su forma demoníaca con más agilidad, ya no se sentía agotado, sino más fuerte. Siguió por el jardín atacando a más ángeles mientras su poder aumentaba considerablemente, hasta que por fin pudo recuperar el total de su poder. Se sentía indestructible, pero sabía que no debía confiarse; tenía un plan y esperaba que éste resultará. Destrucción y caos se vivía en el paraíso, cientos de ángeles habían muerto: el infierno se había desatado en el cielo.

Un ángel llegó agitado y nervioso al gran salón ingresando de forma brusca.

—¡El diablo está aquí y ha matado a un sin número de ángeles! — exclamó el ángel con evidente pánico.

Todos se levantaron de sus asientos sorprendidos por lo que acaban de

escuchar. El ángel les narró que el diablo tomaba la sangre de los ángeles y con esto se volvía más poderoso. Al escuchar el relato, Dios se puso en alerta, ya que significaba que había descubierto uno de los más sagrados secretos.

Todos se dirigieron al jardín, no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Los ángeles corrían y volaban huyendo del ataque del diablo. El jardín que una vez tenía hermosas flores y pasto verde se había transformado en un suelo sin vegetación. El diablo, al ver que Dios y el ejército habían llegado, lanzó de su boca una inmensa bola de fuego, provocando un gran incendio. El fuego se expandió por todo el jardín: Dios estaba realmente molesto. Les ordenó a los arcángeles que se encargarán de proteger a los demás, pues él personalmente se encargaría del diablo.

Miguel y Gabriel buscaron por todo el jardín a sus amadas parejas, pero su búsqueda fue inútil, no las encontraron. Miguel fue en busca de su pergamino, pues en este aparecían los nombres de las personas que morían sin importar si eran humanos o seres celestiales.

Miguel, comenzó a leer rápidamente los nombres que iban apareciendo, sintió tristeza y dolor cuando vio la cantidad de ángeles que había muerto; pero más al leer el nombre de su pareja.

—No puede ser—comentó con la voz entrecorta.

Gabriel que estaba a su lado le arrebató el pergamino y quedó sin habla al leer también el nombre de su amada.

—¡Esa bestia me las pagará! —pronunció Gabriel con dolor, elevándose del suelo.

Miguel, jamás había visto a su amigo de esa forma. Él también se sentía dolido y enojado por la muerte de su pareja, pero debían actuar con calma ante la grave situación que se estaba viviendo en el cielo.

—¡Cálmate Gabriel! —le dijo mientras lo detenía del brazo—. Dios nos ordenó que nos encargáramos de proteger a todos. Ten fe en él—pronunció con firmeza.

Gabriel no tuvo otra opción que tragarse su dolor. Su amigo tenía razón debía esperar que Dios actuara a su manera.

—Está bien, pero tendré preparado mi arco. Tal vez lo necesitemos—pronunció seriamente.

Mientras tanto Celeste, estaba preparada para la segunda parte del plan.

Envió al ejército del infierno al mundo de los vivos: su misión era la destrucción total de los seres humanos.

Todo el ejército atravesó el portal y una vez que llegaron comenzaron a dispersarse por todo el mundo, matando a miles de personas. Gritos, desesperación y angustia se reflejaban en los rostros de cada humano. El infierno también se había desatado entre los vivos.

El pergamino de Miguel, comenzó a reflejar un sin fin de nombres de personas que habían muerto. Velozmente buscó el origen de esas almas.

—¿Qué pasa Miguel? —preguntó Gabriel al ver el rostro de pánico de su amigo.

—Mira esto— respondió mostrándoselo.

Los dos impactados por lo que veían, volaron hacia donde se encontraba Dios. Se acercaron a él y le informaron lo que estaba ocurriendo en la tierra.

—¿Qué pretendes con todo esto, Luzbel? — preguntó Dios seriamente.

El diablo sonrió levemente.

—Demostrarte que este es tu fin; yo Gobernaré ambos mundos — respondió con seguridad.

El diablo formó nuevamente una bola de fuego que provenía de su boca y la lanzó de inmediato, pero Dios la volvió a esquivar sin problemas. El diablo sonrió, ya que ese era el movimiento que él estaba esperando. En segundos formó dos grandes esferas en ambas manos con energía maligna y las lanzó de inmediato, pero los arcángeles intervinieron. Miguel sacó su espada y atacó al diablo, sin embargo, este detuvo su espada con sus grandes manos. El diablo ahora poseía una fuerza inimaginable y sin mucho esfuerzo lanzó a Miguel por los aires.

Gabriel tomó una flecha de su arco y la lanzó, ésta fue directo al estómago del diablo.

—Con ese ataque no lograrás nada, Gabriel —mencionó el diablo sacándose la flecha de su cuerpo.

Gabriel quedó paralizado. No podía creer que la flecha no le hubiera hecho daño. Al consumir tanta sangre de ángeles el diablo se había vuelto totalmente inmortal. Dios, al observar ese acontecimiento, tomó una decisión final: no podía permitir que él acabara con todo lo que él había creado.

—¿Qué es lo que quieres, Luzbel? —interrogó Dios.

El diablo lo miró sin ninguna expresión, pero estaba satisfecho por todo lo que había provocado.

—Quiero una modificación en el contrato—respondió con tranquilidad.

Ambos se alejaron y volvieron a reunirse en privado. Poco después Dios había quedado pensativo, se preguntó si sólo fue por esa razón que quería las modificaciones.

—De acuerdo, haremos la modificación que quieres —pronunció muy seguro de su decisión.

El diablo sonrió levemente, regresando al infierno con una evidente satisfacción. Celeste, al mirar de nuevo a su esposo, se acercó a él.

—¿Lo lograste? —le preguntó ansiosa.

—Sí —le afirmó.

Los dos se abrazaron fuertemente y el diablo tomó su forma humana para besar a su esposa. Después le ordenó a Réquiem que fuera en busca del ejército para que regresarán al infierno, ya que ya había logrado su objetivo.

## Epílogo

Muchos años ha pasado después el ataque del diablo en el paraíso.

Cuando Azkeel regresó de su luna de miel, se enteró del primer contrato que había firmado su padre. Se enojó con un poco con él por habérselo ocultado; sin embargo, no pudo ocultar su admiración por lo que su padre había hecho, sobre todo por las modificaciones que logró con el nuevo contrato. Azkeel tenía nuevos planes y otros niveles que quería implementar para cuando las almas llegarán del juicio final. El diablo junto a él formó un gran equipo. Ahora que el diablo había recuperado sus poderes podía incorporarse fácilmente en la administración del infierno.

Él rey del infierno no solo había logrado un nuevo contrato, sino también la seguridad de disfrutar para siempre de su familia: este fue el motivo principal por el cual había actuado de esa manera.

En el nuevo contrato se plasmaba lo siguiente:

*1) Eliminación absoluta de la cláusula donde estaba escrito que el diablo debía ser encerrado antes del juicio final, así que el infierno seguiría existiendo para albergar las almas pecadoras.*

*2) Ambos se comprometieron a no pisar tanto el cielo como el infierno.*

*3) El juicio final se realizaría tal como estaba planificado, encabezado por Dios y sus arcángeles.*

Este contrato garantizaba beneficios para ambas partes, ya que una vez que el juicio final terminara, ambos se encargarían de gobernar sus propios mundos.

—Hola, mi amor— saludó el diablo a su esposa.

—Hola, ¿Ya terminaste de supervisar todos los niveles? —preguntó Celeste levantándose con dificultad.

—Si—afirmó—¿Cómo está mi princesa hoy? —interrogó el diablo mientras se colocaba de rodillas y besaba el abultado abdomen de su esposa.

—Muy inquieta como siempre, creo que será como su padre —respondió Celeste con diversión.

—No más que nuestro pequeño nieto —comentó él señalándolo.

Abäel era un niño de cinco años de edad, tenía cabello negro como su madre y los ojos negros de Azkeel. Era un pequeño diablillo al que le gustaba hacer travesuras por todo el infierno: le encantaba meterse en problemas.

—Eso ya lo veremos, mi amor — respondió Celeste acariciando su rostro—. Te amo —pronunció dulcemente.

—Yo también te amo— respondió él con ternura.

Ambos se dedicarían por completo a seguir disfrutando de su pelicular familia por la eternidad.